No eres tú, es San Valentín

FINGIR AMOR NUNCA FUE TAN PELIGROSO



LAMALA VEGA

Copyright © 2026. Lamala Vega
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.
1ra Edición, enero 2026.
Título Original: No eres tú, es San Valenín

SINOPSIS

Clara Ríos odia San Valentín.

Lo odia con criterio, con argumentos y con una trayectoria impecable de decepciones sentimentales que lo avalan.

Por eso, cuando su trabajo la obliga a fingir una relación perfecta durante el mes más empalagoso del año, lo último que espera es que el elegido sea Lucas Ferrer: su antiguo enemigo profesional, el hombre que conoce demasiado bien sus puntos débiles y que, cinco años después, vuelve a su vida con una sonrisa peligrosa y una propuesta imposible de rechazar.

Un contrato millonario.

Una campaña de amor falsa.

Cenas "espontáneas", entrevistas calculadas y miradas que no estaban en el guion.

Lo que empieza como una estrategia de marketing pronto se convierte en un campo minado emocional donde fingir sale demasiado bien… y sentir empieza a ser un problema.

Porque cuando el cuerpo se adelanta a la cabeza, los límites se difuminan.

Y cuando San Valentín deja de ser solo una campaña, toca elegir:

proteger lo que una es

o arriesgarse a querer de verdad.

No eres tú, es San Valentín es una comedia romántica ágil, irónica y adictiva sobre el amor fingido, el miedo a sentir y las decisiones que lo cambian todo cuando nadie está mirando.

Perfecta para leer de un tirón.

Ideal para quienes creen que el amor no debería venir con manual… pero casi.

NO ERES TÚ, ES SAN VALENÍN

Capítulo 1

San Valentín debería venir con advertencia sanitaria

San Valentín empieza a existir exactamente en el momento en que entro en la sala de reuniones y veo a Lucas Ferrer sentado en mi silla.

Mi silla.

La que está estratégicamente colocada para dominar la mesa, la pantalla, la puerta de salida y, si me concentro lo suficiente, el universo conocido. No es una silla cualquiera. Es una declaración de intenciones con respaldo ergonómico.

Él está ahí. Cómodo. Relajado. Como si no hubiera pasado nada.

Sonríe.

Sonríe bien.

Demasiado bien para alguien que reaparece en tu vida cinco años después con la misma naturalidad con la que se reenvía un correo antiguo que nadie pidió recuperar.

—Clara —dice, pronunciando mi nombre con esa tranquilidad insultante de quien no ha arruinado ninguna carrera ajena. Ni ningún equilibrio emocional, aparentemente.

Me detengo en seco.

No me siento.

No avanzo.

No respiro del todo.

Mi cerebro entra en modo simulación rápida, ese que solo se activa en situaciones de alto riesgo:

Opción A: me doy la vuelta y finjo un ataque de tos irreversible. Dramático, pero efectivo.

Opción B: le tiro el café encima. Accidental, por supuesto. Muy accidental.

Opción C: sonrío y actúo como una adulta funcional.

Elijo la C. Siempre elijo la C.

Luego siempre me arrepiento.

—Lucas —contesto—. Qué sorpresa. Pensé que te habían prohibido volver a este edificio.

No suena tan ingenioso como en mi cabeza, pero cumple su función básica: marcar territorio.

—Todavía no —responde—. Pero dame tiempo.

Se ríe.

Yo no.

Me siento en otra silla. No por cobardía, sino por estrategia. Necesito distancia. Oxígeno propio. No quiero compartir partículas de aire con él todavía. Mi sistema inmunológico emocional no está preparado.

El resto del equipo entra en cascada, ajeno a la catástrofe silenciosa que acaba de producirse. Saludos automáticos. Portátiles que se abren. Móviles boca abajo como promesas de concentración. Nadie nota nada raro. Nadie recuerda el pasado. Nadie parece consciente de que el universo acaba de encogerse tres tallas sin previo aviso.

—Bien —interviene Marta, nuestra CEO, con esa energía suya de persona que nunca ha tenido una mala cita—. Empiezo fuerte: tenemos un nuevo socio inversor.

Silencio expectante.

Yo ya lo sé.

Mi estómago también.

—Lucas se incorpora hoy al proyecto —continúa—. Y viene con una propuesta concreta.

Lucas se levanta.

Traje oscuro. Camisa clara. Ese aire de hombre que duerme ocho horas, va al gimnasio sin odiarlo y bebe agua con una rodaja de limón como si fuera una elección vital y no una pose. Me mira un segundo más de lo estrictamente profesional. No sé si me reconoce o me evalúa. Puede que haga ambas cosas a la vez. Siempre fue eficiente así.

—Gracias —dice—. Voy al grano.

Bendito sea.

—Un cliente internacional quiere lanzar una campaña potente para San Valentín.

Ahí está.

La palabra maldita.

San Valentín.

Siento una punzada leve, como un sarpullido interno. Una alergia emocional que no figura en ningún manual médico pero debería.

—No una campaña cualquiera —añade—. Quieren una historia real. Cercana. Creíble.

No me gusta hacia dónde va esto. Nunca me gusta cuando alguien dice real en una sala llena de creativos con ojeras y traumas sin resolver.

—Una pareja.

Levanto la mirada.

—Una pareja que represente el concepto durante todo el mes: eventos, entrevistas, redes.

Trago saliva.

Mi cerebro vuelve a correr, esta vez sin frenos:

no, no, no, esto no, por favor, cualquier cosa menos esto.

—Y creemos —dice, mirándome ya sin disimulo— que la mejor opción es que salga de dentro.

El silencio pesa.

Pesa mucho.

Pesa como cuando alguien va a decir algo que no se puede desoír.

Marta me mira.

Luego lo mira a él.

Luego nos mira a los dos como si acabara de descubrir un diamante enterrado en una alfombra carísima.

—¿Vosotros dos? —pregunta, encantada.

—¿Nosotros dos qué? —digo yo, exactamente al mismo tiempo.

Lucas vuelve a sonreír. Esa sonrisa que antes me parecía encantadora y ahora me da ganas de bajar persianas, cerrar ventanas y simular un apagón general.

—Clara y yo somos… —empieza.

—No —le corto—. No somos nada.

—Perfecto —responde, imperturbable—. Nadie mejor para fingirlo.

La sala estalla en risas nerviosas. Risas de gente que no va a sufrir las consecuencias. Marta aplaude una vez. Literalmente. Una

palmada seca, convencida.

—Es brillante.

No.

Es una pesadilla con filtro romántico.

—Ni hablar —me niego—. Yo no participo en farsas sentimentales.

—No es una farsa —replica Lucas—. Es una estrategia.

—Llámalo como quieras —contesto—. Yo no me presto.

Marta se inclina hacia delante. Su tono cambia. Ahora habla en idioma empresa.

—Clara, el contrato depende de esto.

Y ahí está la trampa final.

La palabra contrato siempre gana.

Siempre.

La odio por eso.

Lucas se acerca un poco más. Baja la voz. No invade. Calcula.

—Un mes —dice—. Solo un mes.

Lo miro.

De cerca sigue siendo insoportablemente atractivo. De lejos también. Es molesto en todas las distancias conocidas.

—No te acostumbres —le digo.

—Jamás —responde—. San Valentín no es lo mío.

Lo observo unos segundos más de lo necesario.

Algo se recoloca dentro.

Algo peligroso.

Algo que creía archivado con fecha y todo.

Acepto.

Porque siempre acepto.

Porque soy profesional.

Porque no voy a dejar que él vuelva a ganar.

Y porque, aunque no lo diré en voz alta, una parte muy pequeña, muy traicionera de mí piensa que fingir puede ser más fácil que sentir.

Qué ingenua soy cuando quiero.

Capítulo 2

Manual rápido para fingir amor sin perder la dignidad (ni la cabeza)

Acepto el trato y, de forma inmediata, mi cerebro empieza a redactar un manual de supervivencia.

No existe.

Pero debería.

Algo breve. Práctico. Con viñetas claras, advertencias en rojo y dibujos explicativos para situaciones de riesgo. Un Manual Básico de Fingimiento Afectivo para Adultos Funcionales.

Punto uno: no mires demasiado a Lucas Ferrer.

Punto dos: si lo miras, no sonrías.

Punto tres: recuerda respirar. Esto es clave.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —pregunta Marta, con esa voz suya que utiliza cuando ya ha decidido por todos y solo espera asentimientos coreografiados.

Asiento.

Con la cabeza.

El cuerpo no acompaña. El cuerpo quiere salir corriendo por la ventana, rodar por el asfalto y empezar una nueva vida con otro nombre.

—Perfecto —dictamina—. Empezamos hoy mismo.

Claro que sí. Hoy. Porque nada dice plan bien pensado como improvisar una pareja falsa a primera hora de la mañana y cruzar los dedos para que nadie haga demasiadas preguntas incómodas.

Lucas se sienta a mi lado.

No demasiado cerca.

Lo justo.

La distancia exacta para que su presencia sea imposible de ignorar. Me llega su olor. No es colonia invasiva ni perfume de

anuncio. Es normalidad. Limpio. A alguien que no necesita esforzarse. Lo anoto mentalmente como agravio número uno.

—Tenemos que definir el relato —dice—. Cómo nos conocimos, cuánto llevamos, esas cosas.

—No —respondo sin pensar—. Eso lo hago yo.

Me mira con curiosidad real, no fingida.

—¿Por?

—Porque soy directora creativa —digo— y porque no pienso decir que nos conocimos en una reunión aburrida con café malo. Si vamos a mentir, que sea con estilo.

Marta sonríe, encantada con nuestra falsa complicidad. No sabe que lo que ve es una tregua armada, un alto el fuego temporal con posibilidad de bajas emocionales.

—Bien —dice—. Necesito algo sencillo, cercano. Nada empalagoso.

—Eso está hecho —contesto—. Yo no soy empalagosa.

Lucas carraspea.

—Confirmo.

Le lanzo una mirada que podría derretir acero reforzado. Él la recibe con calma absoluta. Agravo número dos. Odio a la gente que no se inmuta cuando debería hacerlo.

La reunión termina con una lista interminable de tareas y una cita clara, demasiado clara: esta noche, cena "espontánea" en un restaurante visible. Fotos incluidas. Mi móvil vibra con un mensaje del equipo de redes incluso antes de que pueda procesar la palabra cena.

—Te paso por tu despacho en diez —informa Lucas al levantarse.

—No hace falta.

—Hace falta —corrige—. Tenemos que empezar a parecer coordinados.

Lo dice con una naturalidad peligrosa. Como si no estuviera pidiéndome que confíe en él. Agravo número tres. Me levanto antes de que pueda seguir hablando.

Mi despacho sigue siendo mi territorio. Minimalista. Ordenado. Funcional. Con una planta que riego solo cuando me acuerdo y que,

aun así, sobrevive por puro orgullo. Lucas entra y mira alrededor con interés.

—Has cambiado —dice.

—Tú no —contesto—. Sigues diciendo frases vagas.

Sonríe. Otra vez. Tercer intento de sonrisa del día. Empiezo a sospechar que las colecciona y las saca cuando cree que pueden servirle.

—Tenemos que acordar límites —digo—. Claros.

—De acuerdo.

—Nada de improvisar intimidades.

—Entendido.

—Nada de tocar sin avisar.

—Por supuesto.

—Nada de miradas raras.

—Eso no sé qué significa.

—Lo sabrás cuando ocurra.

Asiente. Demasiado dócil. No me gusta nada la gente que acepta sin discutir.

—Y una cosa más —añado—. Esto no es una segunda oportunidad para nada.

Me mira. En serio, por primera vez desde que empezó el día.

—Nunca lo fue.

No sé por qué, pero esa frase me deja un hueco raro en el estómago. Pequeño. Incómodo. Lo ignoro. Soy experta en ignorar señales internas cuando no encajan con el plan.

—Bien —digo—. Entonces vamos a fingir que nos llevamos bien.

—Eso se me da mejor de lo que crees.

—No lo dudo. Fingir siempre fue tu fuerte.

No replica. Anota algo en su móvil. No pregunto qué. Me prometo no preguntar nada durante este mes. Me conozco.

La cena llega antes de que pueda cambiar de opinión o simular una enfermedad contagiosa. Restaurante con luces cálidas, mesas pequeñas y parejas reales que se miran como si el mundo no existiera. Me siento observada. Juzgada. Dramática, quizá. Real, seguro.

Lucas me abre la puerta. Gesto automático. Bonito. Innecesario.

—Recuerda —susurro—. Esto es trabajo.

—Lo recuerdo —responde—. Recuérdalo tú también.

Nos sentamos. Pedimos vino. Sonreímos para la cámara. Yo apoyo la mano en su brazo durante exactamente dos segundos. Ni uno más. Él no se mueve. Profesional. Agradezco el detalle.

—¿Te molesta? —pregunta en voz baja.

—No.

—¿Te incomoda?

—Un poco.

—Puedo soltar.

—No sueltes.

Nos miramos. Algo se tensa. Algo se recoloca. Nada grave. Nada importante. Me repito eso con la convicción suficiente para seguir adelante.

El fotógrafo sonríe satisfecho. El camarero nos felicita. El mundo cree la mentira con una facilidad insultante.

Mientras brindamos, pienso que fingir amor no debería ser tan fácil.

Ni tan peligroso.

Y aun así, sonrío.

Para la foto.

Para el contrato.

Para San Valentín.

Y, aunque no lo admitiré ni bajo juramento, una parte de mí empieza a sospechar que este manual de supervivencia se va a quedar corto.

Capítulo 3

La mentira empieza a tener agenda propia

Despierto con una notificación antes de que suene el despertador.

Eso ya es mala señal.

Las notificaciones tempranas nunca traen buenas noticias. Traen recordatorios bancarios, correos de gente entusiasta o, en el peor de los casos, versiones de ti misma que no reconoces. Abro un ojo.

Luego el otro. Cojo el móvil con la resignación de quien sabe que va a arrepentirse.

Y ahí está.

Una foto mía sonriendo como si supiera exactamente qué hago con mi vida.

Lucas aparece a mi lado en la imagen. Muy cerca. Demasiado cerca para alguien que hasta hace dos días era solo un recuerdo incómodo con traje caro. Mi sonrisa no es impostada, y eso es lo primero que me molesta. No estoy fingiendo bien si ni siquiera soy consciente.

El titular acompaña sin piedad:

La pareja creativa que redefine San Valentín.

Redefinir.

Claro que sí.

Yo redefiniendo cosas a las siete y doce de la mañana, con el pelo aplastado y la alarma aún sin apagar.

Deslizo hacia abajo.

Más fotos.

Más sonrisas.

Más ángulos en los que parecemos una idea sólida y bien pensada.

Comentarios. Corazones. Gente celebrando nuestro amor con más entusiasmo del que he tenido nunca por ninguna relación real. Me doy cuenta, con una mezcla de sorpresa y cierto resentimiento, de que fingir es muy agradecido cuando no hay expectativas. Nadie espera nada de nosotros. Nadie exige explicaciones. Nadie se decepciona.

—Genial —murmuro—. Ya somos una idea inspiradora.

Me levanto, me preparo café y observo mi reflejo en el cristal de la cocina. Sigo siendo yo. Eso debería tranquilizarme. No lo hace.

En la oficina el ambiente ha cambiado.

No sé explicarlo con exactitud, pero se nota en los detalles pequeños: miradas que se alargan un segundo más, sonrisas cómplices, ese entusiasmo ajeno que solo aparece cuando algo no te afecta directamente. Paso por el pasillo y me siento observada como si llevara una etiqueta invisible.

—Estáis monísimos —dice alguien al pasar.

—Qué bien os complementáis —añade otra persona que no sabe ni cómo me llamo, pero tiene una opinión muy formada sobre mi vida sentimental.

Asiento. Sonrío. Camino recto. Me repito mentalmente que esto es temporal. Como una fiebre leve. Como un peinado horrible que solo existe en fotos antiguas.

Lucas llega diez minutos después. Puntual. Perfecto. Irritantemente tranquilo. Trae café para él. No para mí. Agradezco el detalle y me ofendo a la vez.

—Buenos días —saluda, con una naturalidad excesiva para alguien que está protagonizando una campaña nacional de amor fingido.

—No me hables hasta que tome café.

—Eso no estaba en el contrato.

—Está implícito.

Se acerca a mi mesa. No invade. Nunca invade. Se limita a ocupar el espacio justo para que no pueda ignorarlo.

—Tenemos agenda.

Levanto la vista despacio. Demasiado despacio.

—¿Agenda de qué?

—De pareja.

Ahí está.

La palabra.

Me atraviesa sin avisar, como una corriente fría.

—Comida hoy con el cliente —continúa—. Entrevista mañana. Evento el viernes.

—¿Evento? —pregunto—. ¿Qué tipo de evento?

—Con música. Velas. Gente feliz.

—Odio a la gente feliz.

—Lo sé —dice—. Por eso funcionamos.

No me gusta que diga eso. Ni que lo diga convencido. Ni que suene tan natural.

Durante la comida mantenemos el personaje con una precisión quirúrgica. Sonrisas medidas. Gestos suaves. Una historia común que empieza a sonar demasiado fluida, como si la hubiéramos

ensayado durante años. El cliente asiente, encantado. Yo hablo de valores, de conexión, de lo bonito que es compartir ideas y proyectos. Lucas me mira con atención real. No actúa. No sobreactúa. Eso me desconcierta más que cualquier exceso.

—Sois muy naturales —dice el cliente—. Se nota que hay algo sólido.

Lucas me aprieta la mano. Apenas. El gesto es discreto. Preciso. No me aparto. No porque quiera, sino porque no toca. Profesionalidad ante todo. Me recuerdo eso como un mantra.

Salimos del restaurante con la sensación incómoda de haber hecho algo bien sin merecerlo.

—Tenemos que ajustar una cosa —digo mientras caminamos—. No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si te importara lo que digo.

—Quizá me importa.

Me detengo.

—No empieces.

—No empiezo —responde—. Solo digo lo evidente.

Lo evidente, para mí, es que este plan empieza a desbordarse. La mentira ya no se queda quieta. Se mueve sola. Se cuela en conversaciones ajenas. Se sienta entre nosotros como si tuviera derecho.

Por la tarde grabamos un vídeo corto para redes. Nada íntimo. Dos frases. Una risa. Una complicidad estudiada. Ensayamos poco. No hace falta. Cuando terminamos, el equipo aplaude. Marta sonríe satisfecha, como si acabara de cerrar un trato histórico.

—Esto va a ser un éxito —presume.

Lucas me mira. Yo no sonrío. No puedo. Algo se me ha descolocado y no sé exactamente qué.

—Necesito aire —digo.

Salgo a la terraza. Respiro. Cuento hasta cinco. Me apoyo en la barandilla. El cielo está despejado. Demasiado, como si no fuera consciente del lío que tengo en la cabeza.

Lucas sale detrás. No me toca. No se coloca demasiado cerca. Eso lo empeora.

—No deberíamos exponernos juntos en público —digo sin mirarlo —. Esto se está yendo de las manos.

—Solo es una campaña.

—Eso decía yo ayer.

—Y hoy seguimos vivos.

—No es gracioso.

—No lo pretendía.

Se instala un silencio raro. No incómodo. Peor. De esos que dicen cosas aunque nadie las nombre.

—Clara —dice al fin—. Si en algún momento quieres parar, paramos.

Lo miro por fin.

—No me des salidas falsas.

—No es falsa.

—Entonces no la ofrezcas.

Asiente. Lo entiendo. Yo también soy experta en no cruzar ciertas líneas… hasta que ya estoy al otro lado.

Volvemos dentro. Seguimos trabajando. Fingiendo normalidad. Fingiendo amor. Fingiendo control.

Pero mientras escribo una idea para la campaña, me sorprendo sonriendo sola.

No por él.

Por la sensación.

La mentira ya no parece tan mentira.

Y eso debería preocuparme mucho más de lo que lo hace.

Capítulo 4

El problema de fingir bien es que empieza a notarse

San Valentín avanza como una cuenta atrás con purpurina. No hace ruido, pero invade. Cada día hay más corazones en los escaparates, más anuncios cursis y más gente convencida de que el amor se compra con descuento y envoltorio rojo. Yo sigo creyendo que debería venir con advertencias claras, tipo medicamento con efectos secundarios, pero nadie me consulta esas cosas.

La agenda de "pareja" ya ocupa un color propio en mi calendario.

Rosa.

Por supuesto.

Al principio pensé que sería provisional. Un par de citas, alguna foto, entrevistas rápidas. Ahora es una franja sólida que se extiende por semanas, con flechas, notas y recordatorios. Me incomoda admitir que ya no me sobresalta verla.

—Hoy toca sesión de fotos —dice Lucas, apoyado en el marco de mi despacho—. Exterior. Algo urbano. Natural.

—Natural no es una palabra que me inspire confianza —respondo sin levantar la vista—. Menos aún si va acompañada de fotógrafo.

—Relájate. Solo tenemos que pasear y mirarnos.

—Eso último no estaba pactado.

Sonríe. No responde. Primer aviso serio del día.

La sesión empieza con normalidad. Caminamos por una calle bonita, diseñada para parecer espontánea incluso cuando no lo es. Cafeterías con encanto, parejas reales que no tienen que fingir nada, gente que se quiere sin pensar en el encuadre. El fotógrafo nos pide cercanía. Un poco más. Otro paso. Una mano en la cintura.

Lucas me mira antes de hacerlo. Pregunta sin palabras. Asiento. Profesional. Todo bajo control. Me sorprende lo fácil que resulta asumir el gesto cuando está previsto.

—Ahora ríete —pide el fotógrafo—. Como si acabara de decirte algo gracioso.

Lucas se inclina apenas y susurra:

—He visto tu cara cuando te hablan de bodas.

Me río.

De verdad.

Traición interna. Absoluta.

El fotógrafo aplaude como si acabáramos de descubrir la fórmula del amor eterno.

—Eso es. Eso es justo lo que buscábamos.

Genial. Acabamos de capturar mi risa auténtica para una mentira colectiva que va a circular durante semanas. Me consuelo pensando que nadie distingue ya lo auténtico de lo conveniente.

Después, café. Porque siempre hay café. Nos sentamos en una terraza pequeña, demasiado cerca del tráfico y demasiado lejos de cualquier escapatoria elegante. Él pide lo de siempre. Yo también. No recuerdo haberle dicho qué tomo, pero lo ignoro con elegancia y algo de orgullo herido.

—Te estás acostumbrando —dice, observándome por encima de la taza.

—¿A qué?

—A esto.

—A trabajar contigo.

—Llámalo como quieras.

Lo miro. No me gusta que tenga razón. No me gusta nada. Hay algo en su tono que no busca provocarme. Solo constatar. Eso es peor.

El móvil vibra. Mensaje de Marta: El cliente está encantado. Hablan de ampliar la campaña.

Amplían.

Siempre amplían.

Como si el amor fingido fuera un recurso renovable, inagotable, sin consecuencias medioambientales.

—Tenemos que bajar el ritmo —comento, sin mirarlo—. Esto empieza a parecer real.

—Para fuera lo es.

—Para mí no.

—¿Seguro?

Ahí está.

La pregunta innecesaria. La grieta que no debería existir. El silencio que no estaba en el guion. Me levanto antes de que la conversación encuentre una dirección peligrosa.

—Tengo que volver.

—Te acompaño.

—No hace falta.

—Hace falta —responde—. Nos han visto juntos. Hay que mantener coherencia.

Otra palabra peligrosa. Coherencia. Como si las emociones también obedecieran a un plan estratégico.

Caminamos en silencio. Demasiado cerca. Demasiado sincronizados. Nuestros pasos encajan sin pensarlo. En un escaparate nos reflejamos como una pareja normal. Me observo desde fuera y no me reconozco. Parezco tranquila. Incluso feliz.

Me molesta profundamente.

—Clara —dice de repente—. ¿Te arrepientes?

No contesto enseguida. No porque no tenga respuesta, sino porque tengo demasiadas. Las ordeno. Las descarto. Elijo la que menos me compromete.

—Me arrepiento de no haber puesto más límites —digo al fin.

—Aún podemos hacerlo.

—Ahora ya no.

Se detiene. Yo también. La ciudad sigue. Nosotros no. Ese contraste me incomoda más de lo que debería.

—No voy a cruzar ninguna línea que tú no quieras cruzar —dice—. Pero no finjas que no sientes nada.

—No siento nada —respondo demasiado rápido.

Demasiado defensivo. Demasiado claro.

Me mira. Sin sonrisa. Sin ironía. Sin ese gesto ligero que suele usar para quitar peso a las cosas.

—Eso sí sería fingir mal.

El momento se rompe con un claxon. Benditos claxons. Camino unos pasos más rápido. Él me sigue. No insiste. No toca. No fuerza. Punto a su favor. Lo apunto mentalmente y me molesta tener que hacerlo.

Esa noche, en casa, reviso las fotos que nos han enviado. En todas parecemos cómodos. En algunas, conectados. En una, casi felices. La cierro. No pienso analizarla. No pienso pensar en ello. No esta noche.

Antes de dormir, me llega un último mensaje de Lucas:

Buen trabajo hoy.

Nada más.

Nada de corazones.

Nada ambiguo.

Nada que pueda interpretarse como algo más.

Agradezco el gesto. Me tranquiliza. Me permite mentirme un poco mejor.

Apago la luz convencida de que mañana todo será más sencillo.

Porque siempre lo creo.

Porque fingir control es uno de mis talentos ocultos.

El problema es que empiezo a sospechar que él ya no finge nada.

Y que yo empiezo a quedarme sin margen.

Capítulo 5

Cuando el cuerpo se adelanta a la cabeza

El primer error del día es abrir Instagram antes de levantarme.

El segundo, leer los comentarios.

El tercero, asumir que no me afecta.

Error acumulativo. Como no ponerse protector solar y luego quejarse del sol.

Sois adorables.

Se os ve de verdad.

Así debería ser el amor.

Cierro la aplicación con un gesto dramático que nadie ve. Bufo. Bastante fuerte como para que el móvil se sienta culpable.

El amor debería ser muchas cosas, pero no una campaña con hashtag, ni un carrusel de fotos bien iluminadas, ni una opinión pública emitida por gente que desayuna cereales sin alma.

Me levanto de la cama como si el día me debiera dinero. Me ducho rápido, con la sensación de ir tarde a un sitio que no quiero visitar. Me visto sin pensar demasiado, lo cual suele ser mala señal: cuando no pienso, elijo ropa que parece decir tengo mi vida controlada aunque sea mentira.

En la oficina, Lucas ya está allí.

Por supuesto.

De pie, hablando con Marta, relajado. Demasiado cómodo para alguien que se supone que forma parte del problema. Apoyado en la mesa, sonriendo lo justo, ocupando espacio sin pedir permiso. Lo

observo desde lejos y mi cuerpo reacciona antes de que mi cabeza emita ningún informe.

Error.

—Hoy tenemos entrevista en directo —anuncia Marta en cuanto me ve—. Algo breve. Diez minutos.

Diez minutos son suficientes para incendiar una vida, una reputación o, en su defecto, una negación bien construida.

—Nada complicado —añade—. Algo natural.

Otra vez esa palabra. Natural. Empiezo a sospechar que es un código interno para te vas a arrepentir.

El plató es pequeño. Demasiado pequeño. Luz cálida. Dos sillones demasiado cerca. Claramente diseñados para que alguien acabe tocando la rodilla de alguien sin querer. Nos colocan los micros. La presentadora sonríe con esa ilusión peligrosa que solo tiene la gente que cree en el amor ajeno como si fuera una religión menor.

—Sois la pareja del momento —dice—. ¿Cuál es vuestro secreto?

Lucas gira un poco la cabeza hacia mí. No me lanza la pregunta encima. Me da margen. Lo agradezco con un microsegundo de calma.

Respiro.

—No intentar ser perfectos —empiezo—. Ser honestos. Reírnos mucho.

La frase fluye sola. Demasiado bien. Sale sin tropiezos, sin ironía defensiva, sin sarcasmo de emergencia. Eso debería preocuparme.

—Y escucharnos —añade él—. Incluso cuando no estamos de acuerdo.

La presentadora asiente, emocionada. Yo también, pero por motivos distintos. Me sorprende lo fácil que nos sale esto. No ensayamos. No fingimos torpeza. Encajamos como si lleváramos meses respondiendo preguntas absurdas juntos.

—¿Y San Valentín? —pregunta ella—. ¿Qué significa para vosotros?

Aquí viene la trampa. El campo minado. El momento en el que una dice algo gracioso o se mete en un lío.

—Presión —digo—. Expectativas innecesarias. Flores que mueren rápido.

Risas. Alivio general. Me relajo medio centímetro.

—Pero —continúo, porque siempre continúo— también es una excusa para parar. Para elegir estar.

¿Elegir estar?

¿Quién me ha autorizado a decir eso?

Lucas me mira entonces. No actúa. No sonríe para la cámara. Me mira a mí. A la Clara sin filtros. Y eso no estaba en ningún guion.

—Exacto —añade—. No es la fecha. Es la persona.

Silencio breve. De esos que no están previstos en televisión. Incómodo solo para mí, porque soy la única que sabe que esa frase ha aterrizado donde no debía.

La entrevista termina entre aplausos. Nos quitan los micros. La presentadora nos felicita con entusiasmo genuino. El técnico nos pide una foto más "para cerrar". Accedemos. Todo el mundo parece contento. Yo siento que me he dejado algo importante encima del sillón.

En el coche, de camino a la oficina, no hablamos. No hace falta. El aire está cargado de frases que no estaban pactadas, de silencios que pesan más que una discusión.

—Eso no estaba pactado —rompo el silencio al final, porque no puedo no hacerlo.

—No —admite—. Pero tampoco fue mentira.

Aprieto los dedos contra el bolso como si pudiera estrangular una idea incómoda.

—Tenemos que volver a los límites.

—¿Cuáles?

—Los claros.

—Los que ya no funcionan.

Me giro hacia él. El semáforo está en rojo. Mala señal. Siempre pasan cosas en los semáforos en rojo.

—Esto se nos está yendo de las manos.

—O quizá está yendo justo donde tiene que ir.

—No te pongas profundo.

—No me pongo —replica—. Te hablo claro.

El semáforo cambia. El coche arranca. Yo también, pero hacia dentro. Cierro esa conversación con llave y la escondo en un cajón

mental etiquetado como revisar nunca.

Por la tarde, reunión rápida. Planificación. Tareas. Normalidad forzada. Sonrío en momentos estratégicos. Asiento cuando toca. Funciono.

Cuando termina la jornada, recojo mis cosas con prisa. Demasiada.

—¿Te vas? —pregunta Lucas desde su mesa.

—Sí.

—¿Cena?

Niego antes de pensar. Eso es importante: antes.

—Hoy no.

Asiente. No insiste. Punto a su favor. Otro más. Empiezo a llevar una contabilidad peligrosa.

En casa, preparo algo rápido. Ceno sin hambre. Pongo una serie sin mirarla. Mi cabeza reproduce escenas del día con una fidelidad que no he pedido: su voz, su forma de inclinarse, esa frase que no deja de rebotar.

No es la fecha. Es la persona.

Me levanto y voy al balcón. Aire frío. Ciudad viva. Me apoyo en la barandilla y respiro hondo como si pudiera exhalar decisiones.

No estoy enamorada.

No soy idiota.

Esto es una confusión temporal.

Un exceso de exposición.

Una coincidencia peligrosa con buena iluminación.

El móvil vibra.

Hoy has estado increíble.

Nada más.

Nada de corazones.

Nada ambiguo.

Nada que pueda usar como excusa.

No contesto. No porque no quiera, sino porque no sé qué poner que no suene a rendición o a huida.

Me acuesto convencida de que mañana recuperaré el control.

Que esto es solo una fase.

Que el cuerpo no manda tanto.

El problema es que, cuando cierro los ojos, no pienso en límites.

Pienso en él.

Y mi cuerpo, traidor profesional, no parece tener ninguna objeción.

Capítulo 6

El día en que San Valentín empieza a observarme

El problema no es pensar en Lucas. El problema es pensar en Lucas mientras me lavo los dientes, mientras espero el ascensor y mientras intento decidir si el jersey negro comunica profesionalidad o rendición emocional. Spoiler: comunica ambas cosas. Y una tercera que no había contemplado: estoy perdiendo el control con elegancia.

Me miro al espejo del baño con el cepillo en la boca y me hago la pregunta clave del día:

—¿Desde cuándo te importa tanto?

No respondo. No porque no tenga respuesta, sino porque no quiero abrir ese melón a las siete y media de la mañana.

Llego a la oficina con diez minutos de antelación, lo cual es sospechoso. Yo no llego antes. Yo llego justa. O tarde con argumentos. Hoy no. Hoy he llegado pronto, consciente, alerta, como si algo importante fuera a ocurrir o como si necesitara vigilar el entorno.

También he elegido conscientemente unos pendientes que no pesan —dato importante— y un maquillaje que no grita estoy nerviosa, sino soy una mujer segura que desayuna proteínas. No funciona. Estoy nerviosa igual, solo que más arreglada y con mejor iluminador.

Lucas no está.

Eso me tranquiliza y me decepciona a partes iguales, lo cual me parece una traición interna innecesaria y bastante fea por parte de mi sistema emocional.

Me siento. Enciendo el ordenador. Abro una presentación. Palabras clave. Conceptos. Ideas. Trabajo. Lo que se me da bien. Me

agarro a ello con la intensidad de alguien que sabe que, si piensa demasiado, va a cometer un error de vestuario sentimental.

Me concentro tanto que no lo oigo llegar.

—Buenos días.

Levanto la vista.

Ahí está.

Chaqueta gris. Barba de dos días. Esa calma suya que irrita porque parece auténtica, no ensayada, no impostada. Como si no se hubiera pasado la mañana discutiendo consigo mismo delante del espejo.

—Llegas tarde —se me escapa.

No era mi intención decir eso. De verdad que no. Sale solo, como un reflejo condicionado.

—Llegas pronto —devuelve, sin esfuerzo.

Punto para él. Apuntado en la libreta invisible donde empiezo a llevar una contabilidad peligrosa.

—Tenemos reunión con el cliente a las once —digo, reorganizando papeles que ya estaban organizados.

—Lo sé.

—Y ensayo para el evento mañana.

—También lo sé.

—Entonces estamos coordinados.

—Siempre lo hemos estado.

No respondo. No quiero analizar esa frase tan temprano. Mi cerebro aún no ha firmado el consentimiento informado.

La reunión va bien. Demasiado bien. El cliente propone ideas, nosotros las ajustamos, asentimos al mismo ritmo, hablamos casi a la vez y nos callamos cuando el otro continúa. Es fluido. Es eficiente. Es inquietante.

Hay miradas cómplices. Frases que se completan. Marta nos observa con esa expresión de persona que cree haber creado un monstruo precioso y ahora no sabe si enseñarlo o encerrarlo.

—Sois un tándem perfecto —dice al final, encantada consigo misma.

Perfecto.

Qué palabra tan peligrosa. Siempre precede a una caída aparatosa o a una charla incómoda con recursos humanos.

Lucas y yo salimos juntos por pura inercia. Nadie lo cuestiona. Nadie lo cuestiona ya. Eso es lo verdaderamente alarmante.

—Tenemos que hablar —digo al llegar al pasillo, sin rodeos.

—Siempre que dices eso, pasan cosas.

—Esta vez no son buenas.

Se apoya en la pared. Yo cruzo los brazos. Distancia medida. Coreografía no pactada pero muy clara.

—Esto ya no es solo trabajo.

—Nunca lo fue del todo.

—No empieces con frases redondas —le advierto—. Me dan alergia.

—No empiezo —responde—. Continúo.

Lo miro a fondo. Sin ironía. Sin escudos. Y me doy cuenta de algo que no me gusta nada: no está empujando. No está provocando. Está esperando.

Eso es peor.

—No quiero volver a mezclar lo personal con lo profesional —digo —. Ya sé cómo acaba.

—Yo también.

—Entonces sabrás que no acaba bien.

—No siempre.

—A mí sí.

Silencio.

Uno limpio. Sin tensión exagerada. Sin dramatismo. De esos que no se rompen porque nadie tiene prisa por llenarlos.

—No voy a pedirte nada —añade—. Solo claridad.

—La claridad es esta: no estoy preparada.

—¿Para qué?

—Para sentir cosas que no controlo.

Asiente despacio. No parece sorprendido. Me molesta un poco que no lo esté. Como si llevara tiempo viendo venir algo que yo sigo negando con una carpeta llena de argumentos.

—Entonces seguimos como hasta ahora.

—Eso no es una opción.

—¿Por qué?

—Porque hasta ahora ya no es neutral.

Se acerca un paso. Uno solo. Yo no retrocedo. Tampoco avanzo. El aire se comprime. El pasillo parece más estrecho de lo habitual. O soy yo.

—Clara —dice—. No tienes que decidir nada hoy.

—Eso es lo que más me asusta.

Sonríe, pero no de esas sonrisas que seducen. De las que entienden. De las que no intentan convencer.

—Mañana es el evento —recuerda—. Después hablamos.

—Después siempre es tarde.

—A veces es justo a tiempo.

Se va.

Yo me quedo con una sensación rara. No es angustia. No es ilusión. Es expectación. Y eso debería estar prohibido en horario laboral y penado con multa.

El resto del día transcurre sin sobresaltos visibles. Por dentro, es otro tema. Trabajo. Sonrío. Respondo correos. Finjo normalidad con un talento que, sinceramente, debería monetizar.

Al salir, me detengo frente a un escaparate lleno de corazones rojos, lazos gigantes y frases que prometen amor eterno con ticket regalo.

San Valentín me devuelve la mirada.

No metafóricamente.

Literalmente.

O eso siento.

Como si supiera algo.

Como si llevara días observándome.

Como si hubiera hecho una lista con mis puntos débiles y ahora estuviera esperando el momento exacto para atacar.

Camino a casa con una certeza incómoda, pegajosa, imposible de ignorar:

esto ya no va de una campaña.

Ni de una mentira bien ejecutada.

Va de mí.

Y de lo poco que me gusta sentirme tan visible.

Capítulo 7
El ensayo general de todo lo que no debería pasar

El evento empieza mañana y, de repente, todo el mundo tiene una opinión. Sobre la luz, sobre la música, sobre el tipo de amor que vende mejor. Yo asiento mucho. Sonrío lo justo. Mi cabeza está en otro sitio, ensayando conversaciones que no van a ocurrir y finales alternativos que tampoco.

—Tenemos que hacer una prueba —indica Marta a media mañana —. Algo rápido. Vestuario, postura, tiempos.

Claro. Porque fingir una relación necesita ensayo. Como el teatro. Como la vida.

El espacio está casi montado. Luces bajas, escenario pequeño, decoración elegante. Nada exagerado. Todo pensado para que parezca íntimo. Auténtico. Me coloco en el centro y reviso mentalmente la lista: no tocar más de lo necesario, no sostener miradas largas, no improvisar frases que suenen a verdad.

Lucas llega unos minutos después. Lleva una camisa clara y va sin chaqueta. Me mira de arriba abajo con la discreción justa para que no parezca un gesto cargado. No lo consigue del todo.

—Estás bien —comenta.

—Lo sé.

No es arrogancia. Es autoprotección.

El técnico nos indica dónde colocarnos. Muy cerca. Demasiado para un ensayo. Lucas baja la voz.

—Recuerda que no es una entrevista. Solo subimos, saludamos y decimos dos frases.

—Dos frases —repito—. Puedo con eso.

Asiente. Sonríe apenas. Ese gesto pequeño empieza a ser un problema.

Ensayamos. Una vez. Dos. A la tercera, el técnico nos pide algo más natural.

—No penséis tanto —dice—. Sois pareja.

Esa frase se queda flotando. Nadie la corrige.

Lucas me mira. Yo a él. No hablamos. No hace falta. El gesto es automático. Me pasa el brazo por la espalda. Su mano descansa ahí, firme, segura. No invade. No se retira. El equilibrio exacto para que mi cuerpo no se queje.

—Eso —dice el técnico—. Ahí está.

No sé cuánto dura el momento. Sé que no me aparto. Sé que respiro hondo. Sé que, si pienso demasiado, lo arruino.

—Vale —anuncia Marta—. Perfecto. Mañana igual.

Mañana igual.

Como si lo de hoy fuera normal.

Cuando se dispersa el equipo, me quedo recogiendo unas notas que no necesito. Lucas no se va. Me observa desde una distancia prudente. Demasiado prudente.

—No tendrías que haberlo hecho tan fácil —le suelto sin mirarlo.

—¿El qué?

—Todo.

—No he hecho nada que no quisieras.

—Eso es lo peor.

Se acerca despacio. No invade. No huye.

—Clara, mañana no voy a improvisar —dice—. Si necesitas que marque más distancia, lo hago.

—No quiero distancia —respondo antes de pensar—. Quiero control.

Sonríe, cansado pero sincero.

—El control está sobrevalorado.

—Habla por ti.

—Lo hago.

El silencio se estira. Podría romperse. Podría volverse peligroso. Yo doy un paso atrás.

—Será mejor que mañana sea solo trabajo.

—Siempre lo ha sido.

Lo dice con una convicción que no comparto. Recojo mi bolso. Camino hacia la salida sin mirar atrás.

En el coche, con las manos aún calientes, me doy cuenta de algo incómodo: no me ha costado fingir.

Ni un poco.

Y eso significa que, mañana, delante de todo el mundo, voy a tener que fingir que no me importa.

Cuando ya no estoy tan segura de que sea mentira.

Capítulo 8

El día en que todo el mundo cree algo que yo aún no

El evento empieza puntual, lo cual ya me parece una provocación. Las luces funcionan, la música suena elegante y el espacio huele a éxito reciente. La gente llega con esa ilusión ordenada de quien espera ver amor ajeno sin mancharse.

Me coloco detrás del escenario y respiro. Una vez. Dos. Tres. Repaso mental rápido: no improvisar, no adelantarse, no mirar demasiado. Fingir con dignidad. Fingir bien.

Lucas aparece a mi lado. Traje oscuro. Nada ostentoso. Exactamente lo que toca. Me ofrece el brazo sin tocarme.

—¿Lista?

—Nunca —contesto—. Pero vamos.

Subimos. Aplausos. Sonrisas. La presentadora dice nuestros nombres con entusiasmo sincero. Me siento observada y, por primera vez, no me molesta. Lucas se coloca a mi lado. Cerca, pero no invadiendo. Profesional. Lo agradezco más de lo que debería.

Decimos las frases ensayadas. Funcionan. El público asiente. Hay risas en el momento justo. Todo encaja. Demasiado.

—Y ahora —anuncia ella—, una pregunta rápida. ¿Qué es lo que más admiráis el uno del otro?

No estaba en el guion.

El tiempo se contrae. El público espera. Lucas no responde. Me mira. Me da espacio. Otra vez.

Podría decir algo neutro. Algo seguro. Algo falso.

—Su forma de escuchar —digo—. No siempre habla. Pero cuando lo hace, importa.

Silencio breve. Un murmullo cálido. Lucas tarda un segundo. Dos.

—Su claridad —añade—. Dice lo que piensa, incluso cuando incomoda.

Me mira. De verdad. Sin gesto teatral. El aplauso llega tarde, como si nadie quisiera romper el momento.

Bajamos del escenario con la sensación rara de haber cruzado algo invisible. Fotos. Saludos. Gente que nos felicita. Marta está eufórica. El cliente también. Todo el mundo parece contento.

Menos yo.

O quizá demasiado.

Nos refugiamos unos minutos en una sala lateral. Puerta cerrada. Silencio. Aire más denso.

—Eso no estaba pactado —murmuro.

—No —admite—. Pero no fue mentira.

Me giro hacia él. No hay reproche en su cara. Tampoco triunfo. Solo calma. Eso me desarma.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si me conocieras.

—Te conozco —responde—. Al menos ahora.

Me aparto. Camino un par de pasos. Necesito distancia para ordenar pensamientos que no quieren ordenarse.

—Esto termina en cuanto pase San Valentín.

—Lo sé.

—Y cuando termine, cada uno sigue con su vida.

—También lo sé.

—Entonces no compliques las cosas.

—No las complico —apunta—. Las nombro.

Me quedo quieta. Esa diferencia me duele un poco. No lo admito.

—Tengo que volver —comento—. Nos esperan.

Asiente. No insiste. No promete nada. Otro punto a su favor. Ya he perdido la cuenta.

De vuelta al evento, todo sigue su curso. Sonrío cuando toca. Aplaudo cuando debo. Finjo normalidad con una facilidad que empieza a preocuparme. Cuando el acto termina, el cansancio cae de golpe. Recogo mi abrigo. Lucas se acerca.

—¿Te llevo?

—No.

—De acuerdo.

Pausa breve. Nos miramos. Nada más. Nada menos.

—Hoy lo hiciste muy bien —añade—. Pase lo que pase después.

No respondo. Salgo al aire frío con una sensación que no reconozco del todo. Camino unas calles sin rumbo. Miro escaparates. Parejas. Corazones. San Valentín está en todas partes, observándome con descaro.

Entro en casa y dejo el bolso en el suelo. Me siento en el sofá sin encender la luz. Repaso el día sin querer hacerlo. Las frases. Las miradas. El aplauso tardío.

La gente cree una historia.

Yo empiezo a temerla.

Porque fingir amor es fácil cuando no te importa.

Lo difícil es admitir que, en algún punto, deja de ser mentira.

Capítulo 9

Cuando alguien te mira y no sabes dónde colocar las manos

San Valentín ya no es una fecha. Es un estado de ánimo. Una presencia constante. Como ese ruido de fondo que no sabes cuándo empezó pero que ahora te impide pensar con claridad.

Llego a la oficina con la sensación de que algo va a pasar. No sé el qué. Solo sé que el cuerpo va un paso por delante de la cabeza y eso nunca acaba bien.

Lucas está en la sala de reuniones, solo. Sin portátil. Sin móvil. Apoyado en la mesa, con las mangas remangadas y esa expresión tranquila que empieza a ponerme nerviosa por motivos que no figuran en ningún manual profesional.

—Tenemos un hueco antes de la siguiente reunión. —No pregunta. Constata.

—Cinco minutos —aclaro—. Luego tengo llamada.

Asiente. Cierra la puerta sin dramatismo. Ese detalle me inquieta más que un portazo.

—Ayer no hablamos —comenta—. Y era necesario.

Me quito el abrigo despacio. Demasiado despacio. Como si el tiempo fuera una cosa moldeable.

—Ayer fue intenso.

—No para fuera.

—Para mí sí.

Se separa un poco de la mesa. No invade. Se mueve lo justo para que note el cambio.

—No voy a forzarte a nada.

—Eso lo repites mucho.

—Porque quiero que lo creas.

Me cruzo de brazos. Vieja costumbre. Defensa automática.

—No sé qué está pasando —admito—. Y no me gusta no saberlo.

—A mí me gusta —responde—. Significa que importa.

Lo miro con la intención clara de desarmar esa frase, pero no encuentro por dónde empezar.

—Esto termina pronto —le recuerdo—. Cuando pase San Valentín.

—¿Y luego?

—Luego cada uno vuelve a su sitio.

—¿Y si ese sitio ya no encaja igual?

—Entonces se reajusta.

Sonríe de lado, como si acabara de confirmar algo.

—Eso haces siempre.

—¿El qué?

—Buscar soluciones técnicas para cosas emocionales.

—Funciona.

—A veces.

El silencio que se instala no es incómodo. Es expectante. De esos que piden una decisión aunque nadie la verbalice.

Doy un paso hacia la mesa. Él no se mueve. Me observa con atención tranquila, sin prisa. Esa mirada que no exige nada y lo complica todo.

—No cruces líneas —le advierto.

—No las cruzo —responde—. Te espero.

Esa palabra se me queda clavada. Esperar. Nadie me espera nunca. Me siguen, me alcanzan, me abandonan. Pero esperar… eso es nuevo.

—No prometas cosas que no sabes si podrás cumplir.

—No prometo —corrige—. Me quedo.

Cinco minutos pasan rápido cuando nadie los mide. El móvil vibra sobre la mesa. La llamada. La realidad. Me aparto primero. Necesito hacerlo.

—Tenemos que seguir —murmuro.

—Siempre seguimos.

Salgo de la sala con una mezcla peligrosa de alivio y decepción. Durante la llamada no escucho la mitad de lo que dicen. Asiento. Tomo notas. Pienso en otra cosa.

En él.

En cómo no me ha tocado en ningún momento.

En cómo eso ha sido, precisamente, lo que más he notado.

Al mediodía comemos con parte del equipo. Risas, planes, comentarios ligeros. Lucas se sienta frente a mí. No actúa. No me busca. Pero cuando alguien hace una broma sobre parejas, nuestras miradas se cruzan por inercia. Es automático. Es cómodo. Eso me asusta más que cualquier gesto evidente.

Al terminar, caminamos juntos hacia el ascensor. Se llena. Nos quedamos al fondo. Demasiado cerca por falta de espacio. Suficientemente lejos para fingir normalidad.

El ascensor se detiene entre plantas.

Genial.

—Será un momento —avisa una voz metálica.

Nadie se queja. Nadie se mueve. Lucas baja la mirada hacia mí. Yo hacia él. El silencio se vuelve espeso.

—Tranquila —susurra—. No pasa nada.

Asiento, aunque el corazón no colabora. No por el ascensor. Por la cercanía. Por cómo mi cuerpo responde a algo tan simple como su voz baja.

El ascensor arranca de nuevo. Las puertas se abren. La gente sale. Nosotros nos quedamos unos segundos más, como si necesitáramos confirmar que el mundo sigue ahí fuera.

—Clara —dice antes de que pueda escapar—. No te estoy pidiendo nada.

—Lo sé.

—Solo quería que supieras que esto… —hace un gesto impreciso entre los dos— no es solo una campaña para mí.

Lo miro. A fondo. Sin ironía. Sin escudos.

—Eso es justo lo que me da miedo.

No intenta convencerme. No se acerca. No dramatiza.

—Entonces vamos despacio.

Asiento. Porque es lo único que puedo hacer sin salir corriendo.

Mientras vuelvo a mi despacho, una certeza empieza a instalarse con calma peligrosa:

la lectora que nos observa desde fuera ya sabe lo que yo aún no quiero admitir.

Que fingir amor ha dejado de ser el problema.

Y que lo verdaderamente complicado va a ser decidir qué hacer cuando deje de fingirse del todo.

Capítulo 10

El día en que el plan deja de protegerme

San Valentín entra oficialmente en la fase peligrosa cuando empiezo a anticipar a Lucas. No sus mensajes. No su agenda. Sus gestos. Sé cuándo va a llegar tarde por la forma en que dejo el café enfriarse. Sé cuándo está concentrado porque no hace bromas. Sé cuándo me mira sin mirarme. Y eso no estaba en el acuerdo.

El día arranca con una reunión técnica que debería ser aburrida. No lo es. Lucas y yo hablamos poco. Nos entendemos rápido. Demasiado rápido. El cliente asiente como si estuviéramos sincronizados por bluetooth.

—Sois un espectáculo —celebra Marta al cerrar—. Esto va solo.

"Va solo" es una frase que da miedo cuando se aplica a personas.

Salimos al pasillo. Lucas reduce el paso para colocarse a mi lado sin invadir. Ese detalle vuelve a desarmarme.

—Esta tarde hay cena con el cliente principal —recuerda—. Informal. Sin cámaras.

—¿Sin cámaras? —repito—. Eso suena sospechoso.

—Suena humano.

—Peor todavía.

Sonríe. No insiste. Punto a su favor. Otra vez.

Paso el resto de la mañana intentando trabajar con normalidad. No lo consigo del todo. El pensamiento vuelve a él con la constancia de una canción pegajosa. Me descubro sonriendo sola frente a la pantalla. Cierro el documento. Respiro. Me digo que esto es temporal. Que el cuerpo se equivoca. Que la cabeza manda.

A media tarde me cambio en el baño de la oficina. Vestido sencillo. Nada estratégico. Nada provocador. Miento: todo es estratégico cuando empiezas a pensar demasiado.

En el restaurante nos recibe una mesa discreta, luz suave, conversación tranquila. El cliente habla. Nosotros escuchamos. Bebemos vino. Reímos cuando toca. No hay fingimiento excesivo. No hace falta. Esa es la trampa.

—Se os ve bien —comenta él, satisfecho—. Tranquilos. Cómodos.

Lucas ladea la cabeza hacia mí, apenas un gesto. Yo sostengo la copa con ambas manos. Asiento sin comprometerme.

—Trabajamos bien juntos —aclaro.

—Eso también es una forma de estar bien —concede.

Cuando el cliente se despide, el silencio se instala sin tensión. Caminamos unos metros sin rumbo fijo. La ciudad sigue. Nosotros no tanto.

—No ha sido incómodo —observa Lucas.

—No —admito—. Eso es nuevo.

—¿Te molesta?

—Me desconcierta.

Nos detenemos frente a un escaparate lleno de corazones rojos. San Valentín vuelve a mirarme con descaro. Lucas no mira el escaparate. Me mira a mí.

—No voy a precipitar nada —asegura—. Pero tampoco voy a fingir que no pasa.

—Pasa demasiado —replico—. Y muy rápido.

—Solo porque llevas tiempo evitando esto.

—¿Esto qué es?

—Que alguien te vea sin pedirte nada a cambio.

El comentario cae suave, pero certero. Me giro hacia él con la intención clara de desmontarlo. No puedo. Porque no es falso.

—No me mires así —pido—. No hoy.

—De acuerdo.

Da un paso atrás. Distancia respetada. Silencio cuidado. Eso me afecta más que cualquier intento de acercamiento.

—Mañana es catorce —recuerda—. Después todo se calma.

—Eso espero.

—Yo también.

Caminamos hasta mi portal. Me detengo. Él se queda a un paso. Ni más. Ni menos. El momento pide algo. No sé qué.

—Buenas noches —murmuro.

—Buenas noches, Clara.

No se inclina. No intenta nada. Me observa con una calma que me desarma del todo.

Subo a casa con el pulso acelerado. Dejo las llaves. El abrigo. El bolso. Me siento en el sofá sin encender la luz. El silencio pesa distinto esta vez. No es vacío. Es expectativa.

San Valentín es mañana.

La campaña está a punto de culminar.

La mentira ha funcionado demasiado bien.

Y, por primera vez, el miedo no es perder el control.

Es admitir que quizá ya no quiero recuperarlo.

Capítulo 11

El día en que San Valentín deja de ser excusa

San Valentín amanece con una luz sospechosamente bonita. De esas que parecen una burla personal. Me preparo café con la concentración de quien desactiva una bomba: despacio, sin pensar demasiado y evitando movimientos bruscos.

El móvil vibra. No lo miro. Todavía no. Me digo que primero necesito dos sorbos. Luego otros dos. Luego respirar.

Al final cedo. Siempre cedo.

Un mensaje de Lucas. Breve. Correcto. Inofensivo.

Hoy será intenso. Si necesitas parar, dime.

Cierro el chat sin contestar. No porque no quiera, sino porque no sé qué versión de mí respondería. La que controla o la que siente. Ambas están discutiendo en silencio desde hace días.

En la oficina todo es ruido contenido. Flores, globos discretos, gente con sonrisas preparadas. El equipo se mueve con una energía rara, como si todos supieran algo que yo todavía no he aceptado.

Lucas llega puntual. Me observa un segundo. No evalúa. Comprueba. Asiento casi sin darme cuenta. Es ridículo cómo nos entendemos sin hablar.

El evento final es por la tarde. Antes hay entrevistas, fotos, saludos. Todo sale bien. Demasiado bien. En un descanso, nos refugiamos en una sala pequeña. No cerramos la puerta del todo. Prudencia innecesaria.

—¿Cómo vas? —pregunta, apoyándose en la mesa sin acercarse.

—Funcionando.

—Eso no responde a la pregunta.

Me siento en una silla. Dejo el bolso en el suelo. Me quito los tacones. Gesto poco glamuroso, pero honesto.

—Estoy cansada —admito—. De fingir que no me afecta.

—No tienes que fingir conmigo.

—Ese es el problema.

Se queda quieto. Me observa sin interrumpir. Esa forma suya de dar espacio empieza a parecerme peligrosa.

—Cuando esto termine —continúo—, todo vuelve a su sitio.

—¿Cuál es tu sitio?

La pregunta no es agresiva. No busca acorralarme. Por eso duele más.

—El mío —respondo—. Donde no dependo de nadie.

—No te estoy pidiendo dependencia.

—No —concedo—. Me estás ofreciendo algo peor.

—¿El qué?

—La posibilidad.

Sonríe despacio. No triunfa. Entiende.

—La posibilidad siempre asusta más que el error.

El evento empieza. Subimos al escenario. Aplausos. Frases medidas. Miradas que duran lo justo. La gente cree la historia. Nosotros ya no tanto. Y eso lo cambia todo.

Al bajar, el cliente nos felicita. Marta casi salta de alegría. Fotos finales. Despedidas. El ruido se disuelve poco a poco. La sala se vacía. San Valentín se apaga como una luz decorativa.

Me quedo sola recogiendo mis cosas. Lucas aparece en la puerta. Ya sin prisa. Ya sin público.

—Se acabó —comenta.

—Sí.

—¿Estás bien?

—No lo sé.

Asiente. No intenta arreglarlo. Se acerca un paso. Se detiene. Respeta la distancia.

—Voy a decirte algo —avisa—. Y luego decidirás tú qué hacer con ello.

No respondo. Espero.

—No me enamoré de ti ahora —continúa—. Me di cuenta ahora.

La frase no busca efecto. No se recrea. Cae y ya está. Limpia. Clara.

El corazón se me acelera. No por sorpresa. Por confirmación.

—No voy a pedirte nada —añade—. Ni hoy ni mañana. Solo que no te mientas.

El silencio que sigue no es incómodo. Es definitivo.

—No soy buena en esto —confieso—. En quedarme cuando podría salir corriendo.

—Yo tampoco lo fui —responde—. Hasta que dejé de huir.

Me acerco un poco. No demasiado. Lo justo para que la decisión sea consciente.

—No prometo nada.

—No lo necesito.

Lo miro. A fondo. Sin ironía. Sin defensas. San Valentín ya no nos observa. Ya no importa.

—Entonces —murmuro— quédate un momento más.

No sonríe. No celebra. Se queda.

Y, por primera vez desde que empezó todo, no estamos fingiendo nada.

Capítulo 12

Lo que pasa cuando nadie mira

Nos quedamos en la sala cuando ya no queda nadie. Las luces están a medio apagar y el silencio tiene ese peso agradable que solo aparece cuando algo importante acaba de ocurrir. No hay música. No hay cámaras. No hay San Valentín haciendo de mediador torpe.

Lucas no se mueve. Yo tampoco. La decisión ya está tomada, aunque aún no sepa cómo nombrarla.

—No tenemos que hacer nada —apunto, más para mí que para él.

—Lo sé.

Me quito la chaqueta. La dejo sobre una silla. Gesto sencillo. Intencionado. Él lo observa sin prisa. Me doy cuenta de que no tengo ganas de protegerme. Es nuevo. Me inquieta y me alivia a la vez.

—Siempre me voy cuando esto empieza a parecer real —confieso—. Es más fácil.

—Lo sé —repite—. Y aun así, aquí sigues.

—No me acostumbres.

—No pienso hacerlo.

Esa respuesta me desarma. No promete permanencias imposibles. No vende finales felices en oferta. Se limita a estar.

Doy un paso. Luego otro. No hay choque. No hay urgencia. Solo una cercanía que se instala despacio, como si llevara días pidiendo permiso.

—Si esto va a ocurrir —digo—, será sin guiones.

—Sin guiones.

—Sin discursos.

—Sin discursos.

—Y sin planes a largo plazo.

—Sin planes —acepta—. De momento.

Me mira entonces con una atención que no pesa. Sostiene la mirada. No la invade. Me siento vista sin ser evaluada. Es peligroso. Es exactamente lo que he evitado durante años.

—Ven —murmuro.

No hace falta repetirlo. Se acerca. No hay beso inmediato. Primero, una pausa mínima. El último punto de retorno. Nadie lo cruza por mí. Lo cruzo yo.

El beso no tiene prisa. No intenta demostrar nada. Encaja. Eso es lo que más me sorprende: no hay ajuste, no hay ensayo. Simplemente ocurre. Como si el cuerpo hubiera sabido antes que la cabeza.

Me aparto un segundo, lo justo para respirar.

—Esto no estaba en el contrato.

—Nunca leí la letra pequeña.

Sonrío. Me apoyo en la mesa. Él me sigue sin acorralar. Todo es cuidado. Todo es elección.

—Mañana volveremos a la oficina —digo—. Sin titulares. Sin aplausos.

—Perfecto.

—Y quizá nos miremos raro.

—Seguro.

—Y quizá yo quiera salir corriendo.

—También es posible.

—No me persigas.

—No lo haré.

—Quédate.

—Eso sí.

El segundo beso es distinto. Más seguro. Menos defensivo. Me dejo llevar con una calma que no reconozco como mía. No hay urgencia por llegar a ningún sitio. Solo por quedarse un poco más.

Cuando nos separamos, no hay promesas. No hacen falta.

—No odio San Valentín —admito al fin—. Odio lo que me obliga a sentir.

—Entonces hoy no ha sido San Valentín.

—No.

—Ha sido solo nosotros.

Asiento. Apoyo la frente en su hombro. Respiro. Me permito el gesto sin ironía. Sin huida.

Salimos del edificio juntos, pero no cogidos de la mano. No necesitamos demostrar nada. La noche está tranquila. Normal. Exactamente lo que quiero.

Antes de despedirnos, me mira una última vez.

—Mañana hablamos.

—Mañana —confirmo.

Subo a casa con una certeza nueva, todavía frágil: no he perdido el control.

Lo he compartido un poco.

Y, por primera vez en mucho tiempo, eso no me da miedo.

Capítulo 13

La mañana después no viene con instrucciones

Despierto antes de que suene el despertador. No porque esté nerviosa. Porque estoy despierta de verdad. El techo es el mismo. La luz también. Yo no.

Repaso la noche sin dramatizarla. Sin ralentizarla. Sin adornos. Me quedé. Besé. Elegí no huir. Punto. No necesito convertirlo en algo más grande para que sea importante.

El móvil está boca abajo en la mesilla. No lo cojo. Todavía no. Me levanto, me ducho y dejo que el agua haga su trabajo: ordenar pensamientos sin preguntar demasiado. Me visto con ropa cómoda, deliberadamente neutra. No voy a ir a la oficina con cara de epílogo.

En la cocina, el café sabe distinto. No mejor. Más claro. Como si alguien hubiera bajado el volumen de fondo.

Cuando por fin miro el móvil, hay un mensaje. Solo uno.

Buenos días.

Nada más.

Nada menos.

No contesto de inmediato. Me lo guardo. Como una cosa frágil que no quiero manosear.

En la oficina, San Valentín ha muerto oficialmente. Los globos han desaparecido. Las flores empiezan a dar pena. El ambiente vuelve a ser profesional, que es una palabra que siempre me ha resultado tranquilizadora.

Lucas no está en su sitio. Bien. Respiro. Me siento. Abro el ordenador. Trabajo. Lo hago de verdad. Durante casi veinte minutos.

Luego aparece.

No anuncia su llegada. No se detiene. Camina con normalidad. Me mira solo lo justo para confirmar algo que ambos sabemos. No hay sonrisa especial. No hay tensión visible. Lo agradezco más de lo que admitiré nunca.

En la primera reunión del día coincidimos. Mesa larga. Gente alrededor. Temas técnicos. Él habla poco. Yo también. Cuando cruzamos una idea, encaja. Cuando hay desacuerdo, se resuelve rápido. Nada se nota. Todo se siente.

—Buen trabajo con el cierre —comenta Marta—. Fue impecable.

Asiento. Lucas también. Nadie aplaude. Nadie celebra. Perfecto.

Al salir, coincidimos en el pasillo. Nadie más alrededor. La tentación de comentar algo es mínima. La necesidad, aún menor.

—¿Estás bien? —murmura, sin detenerse.

—Sí.

—¿Segura?

—Lo suficiente.

Asiente. No pide más. Eso empieza a gustarme demasiado.

El día avanza sin sobresaltos. Correos. Llamadas. Decisiones pequeñas. Todo normal. Demasiado normal para lo que ocurrió anoche. Me sorprendo agradeciendo esa normalidad. Es un regalo que pocas veces me permito.

A media tarde, una pausa. Café en la máquina. Coincidimos otra vez. Casualidad bien coreografiada.

—No he cruzado ninguna línea hoy —apunta.

—Lo sé.

—Por si te lo preguntabas.

—No lo hacía —miento un poco.

Sonríe apenas. No insiste.

—Esta noche no puedo quedar —añado, adelantándome—. Tengo cosas.

—Yo también.

Silencio cómodo. Ese que no pide explicación.

—Mañana hablamos —propone.

—Mañana —confirmo.

Volvemos a nuestras mesas sin despedidas ceremoniosas. Nadie sospecha nada. Nadie sabe nada. Por primera vez, eso me parece bien.

Al salir de la oficina, el aire está frío y limpio. Camino un rato sin rumbo. Pienso en lo ocurrido sin convertirlo en amenaza. Pienso en él sin ansiedad. Pienso en mí con una calma que no reconozco como habitual.

No sé qué va a pasar.

No sé si esto tiene forma.

No sé si durará.

Pero hoy, por primera vez, no necesito saberlo.

Y esa ausencia de urgencia se parece mucho a la tranquilidad.

Capítulo 14

Manual de pareja no oficial (edición improvisada)

Descubro que estamos saliendo porque alguien me pregunta qué tal mi chico y no lo corrijo. No sonrío. No hago un discurso. Simplemente sigo caminando. Eso, al parecer, es una confirmación.

Lucas y yo no hemos hablado de etiquetas. Ni de exclusividad. Ni de nada que suene a conversación seria. Lo nuestro existe en ese territorio cómodo donde todo ocurre sin nombrarse, que es mi zona favorita hasta que deja de serlo.

Quedamos "un rato" después del trabajo. Un rato que incluye cerveza, otra cerveza y la decisión espontánea de pedir comida. Yo pido algo sano por coherencia moral. Él pide lo que realmente quiere. Acabamos comiendo de su plato.

—Siempre pasa lo mismo —comento—. Pido con buenas intenciones y termino traicionándome.

—Eso dice mucho de ti.

—¿El qué?

—Que eres optimista —apunta—. Y práctica cuando toca.

Me atraganto un poco de la risa. Odio que tenga razón con tanta facilidad.

Hablamos de cosas pequeñas. De series que no terminamos. De restaurantes que cierran demasiado pronto. De gente que habla en el cine. Todo muy cotidiano. Todo peligrosamente agradable.

En un momento dado, me doy cuenta de que estoy descalza en su sofá. No recuerdo cuándo me quité los zapatos. Tampoco recuerdo haber pedido permiso. El cuerpo ha tomado decisiones por su cuenta.

—¿Te molesta? —señalo mis pies.

—Me tranquiliza.

—¿Por?

—Porque te quedas.

Esa frase debería activarme las alarmas. En lugar de eso, me recuesto un poco más. Anoto el fallo para revisarlo más tarde.

El móvil vibra. Un mensaje de una amiga: ¿Qué tal con Lucas?

No respondo. Lo dejo ahí. Me niego a escribir nada que luego tenga que explicar.

—¿Todo bien? —pregunta él al ver mi cara.

—Sí —confirmo—. Estoy evitando conversaciones innecesarias.

—Te apoyo en eso.

Nos reímos. Silencio cómodo. La tele sigue puesta sin que nadie la mire. Apoyo la cabeza en el respaldo. Él se acerca lo justo para que mi hombro encuentre el suyo. No me aparto. Tampoco me acerco más. Equilibrio frágil.

—Oye —murmura—. Mañana no puedo quedar.

—Yo tampoco.

—Perfecto.

—Perfecto.

No hay decepción. No hay reproche. Eso me desconcierta un poco. Estoy acostumbrada a que las ausencias pesen más.

—El jueves, quizá —propone.

—Quizá —acepto.

Esa palabra se está convirtiendo en un hábito. Me gusta y me inquieta a partes iguales.

Cuando me levanto para irme, me acompaña a la puerta sin dramatismo. No intenta alargar el momento. No hace promesas. No dice nada innecesario. Me mira con esa calma que empieza a ser marca registrada.

—He estado bien hoy —admito.

—Yo también.

Me besa. Breve. Fácil. Sin urgencia. Como si el beso fuera una coma y no un punto final.

Camino hacia casa con una sonrisa pequeña, controlada, perfectamente gestionable. Me repito que esto es sencillo. Que estamos disfrutando. Que no hay prisa.

El problema de las cosas sencillas es que te relajan.

Y cuando te relajas, bajas la guardia.

Y yo, claramente, he empezado a hacerlo.

Capítulo 15

La gente que opina sin haber sido invitada

Descubro que una relación empieza a ser real cuando terceros se sienten con derecho a opinar. No a preguntar. A opinar. Con seguridad. Con entusiasmo. Con una falta de pudor admirable.

La primera es Paula, una amiga que tiene la habilidad especial de detectar cambios emocionales a diez kilómetros. Quedamos para tomar algo "rápido", que es la forma adulta de mentirse.

—Estás distinta —observa nada más verme.

Ni hola. Ni qué tal. Directa al diagnóstico.

—Me he cortado el pelo.

—No.

—Duermo mejor.

—Tampoco.

—He dejado el gluten —intento.

—Clara.

Suspira. Sonríe. Se inclina hacia delante.

—Te pasa algo bueno.

Ese tono. El que me pone nerviosa.

—Estoy tranquila —contesto—. No todo tiene que ser un acontecimiento.

—Eso lo diría alguien a quien le está pasando un acontecimiento.

Bebo un trago largo. Demasiado largo. Error de principiante.

—Estoy viendo a alguien.

La frase sale limpia. Sin drama. Sin fuegos artificiales. Paula parpadea una vez. Dos.

—¿Viendo viendo o viendo esto es serio?

—Viendo sin etiquetas.

—Ah. La fase favorita de los valientes o de los inconscientes.

—Gracias por el apoyo.

—Siempre.

Sonríe con malicia.

—¿Lo conozco?

—Sí.

Se le iluminan los ojos.

—No.

—Sí.

—¿Lucas Ferrer?

—Lucas Ferrer.

Se lleva la mano al pecho con teatralidad.

—El de la campaña.

—El de la campaña.

—El de San Valentín.

—El de San Valentín.

Se queda en silencio dos segundos. Los suficientes para disfrutarlo.

—Esto es mejor que Netflix.

—No lo conviertas en algo raro.

—Ya es raro —corrige—. Pero en bonito.

No respondo. Porque no tengo argumento. Porque no quiero analizarlo. Porque, en el fondo, sé que tiene razón.

Dos días después, el universo decide redoblar la apuesta.

Cena con mis amigos de siempre. Mesa larga. Risas. Confianza. Lucas llega puntual. Educado. Sonriente. Demasiado preparado para el interrogatorio que no sabe que le espera.

—Así que tú eres Lucas —dice Dani, estrechándole la mano—. El famoso.

—Espero que no por malos motivos.

—Eso lo decidiremos nosotros.

Me lanzo una mirada de auxilio. Él la capta. No huye. Punto importante.

Durante la cena, las preguntas llegan disfrazadas de comentarios casuales.

—¿Y cómo os conocisteis?

—¿Quién dio el primer paso?

—¿Esto es serio o creativo?

Lucas contesta con naturalidad. Sin exceso. Sin evasivas. Yo observo, preparada para intervenir si hace falta. No hace falta.

—Nos estamos conociendo —dice en un momento dado—. Sin prisa.

Dani asiente, satisfecho.

—Eso suena adulto.

—No exageremos —murmuro.

Risas generales. El ambiente se relaja. Lucas me mira de reojo. Se le escapa una sonrisa pequeña. Cómplice. Me doy cuenta de que no estoy tensa. Eso es nuevo.

Al final de la noche, cuando ya estamos de pie y la gente empieza a despedirse, Paula se me acerca.

—No te mires así.

—¿Así cómo?

—Como si no supieras qué estás haciendo.

—No lo sé.

—Pero esta vez no parece que te dé miedo.

Miro a Lucas, que habla con Dani, relajado, integrado, cómodo. Encaja demasiado bien en un mundo que siempre he protegido con uñas y sarcasmo.

—Eso es lo que me preocupa —admito.

Paula sonríe.

—Pues disfrútalo antes de que te dé por sabotearlo.

La quiero. La odio un poco.

De camino a casa, Lucas conduce tranquilo. La música suena baja. No hay necesidad de llenar el silencio.

—Les caes bien —comento.

—Me he sentido evaluado.

—Han sido suaves.

—No quiero imaginar lo duro.

Pausa breve.

—Gracias por no desaparecer —añade—. Conozco ese movimiento.

—No lo he descartado —confieso—. Solo lo he pospuesto.

No se ofende. No ironiza.

—Me vale.

Cuando me deja en casa, no sube. No lo propone. Me besa en la puerta, corto, cálido, sincero.

—Buenas noches —murmura.

—Buenas noches.

Subo con una sensación extraña: la de haberlo dejado entrar un poco más. En mi vida. En mi gente. En ese espacio que nunca presto sin garantías.

La comedia social ha hablado.

Y, por primera vez, no me apetece llevarle la contraria.

Capítulo 16

Dormir acompañada debería venir con cláusulas

Dormir con alguien no debería ser un evento. Y, sin embargo, aquí estoy, analizando la situación como si fuera una operación de riesgo medio-alto.

No es una gran decisión. No hay discurso previo. Solo un "quédate" lanzado con naturalidad, como quien ofrece un vaso de agua. Yo asiento antes de que la parte responsable de mi cerebro termine de abrocharse los zapatos.

—Duermo fatal acompañada —aviso mientras me quito la chaqueta.

—Ronco poco —responde—. Y no invado.

—Eso dicen todos antes del desastre.

Sonríe. Me da una camiseta suya para dormir. Error número uno: aceptar prendas ajenas. Error número dos: comprobar que huele a él. No pienso elaborar sobre esto. Todavía.

Nos metemos en la cama con una coordinación sorprendente. Cada uno en su lado. Espacio respetado. Distancia prudente. Adultos funcionales haciendo lo correcto.

Cinco minutos después, estamos despiertos.

—¿Siempre tardas tanto en dormirte? —murmura.

—No. Solo cuando soy consciente de que no estoy sola.

—Puedo irme al sofá.

—Ni se te ocurra.

Silencio. Ajustamos posiciones. Mi espalda da con la suya. Contacto mínimo. Suficiente para que mi cerebro empiece a emitir alertas innecesarias.

—Esto es raro —susurro.

—Un poco.

—No incómodo.

—No.

Me giro despacio. Él hace lo mismo. Quedamos frente a frente, a una distancia que no exige nada, pero lo sugiere todo.

—No voy a hacer nada —aclara—. Por si te lo preguntas.

—No me lo estaba preguntando.

—Claro.

Cierro los ojos. Los vuelvo a abrir. Mala idea. Me observa sin expectativa, sin cálculo. Eso debería tranquilizarme. No lo hace.

—¿Sabes qué es lo peor? —digo.

—Sorpréndeme.

—Que estoy cómoda.

—Eso suena bien.

—Eso suena peligroso.

Se ríe en silencio. Ese gesto pequeño, contenido, me relaja más de lo que debería.

—Duérmete —susurra—. Estoy aquí.

Esa frase debería ser neutra. No lo es. Se me queda enganchada en algún sitio entre el pecho y la garganta. Tardo más de lo habitual en volver a intentarlo.

En algún momento de la noche me acerco sin decidirlo. Mi mano encuentra su brazo. No se mueve. No reacciona. Simplemente está. Me duermo así, sin sobresaltos, sin defensas.

Despierto antes que él. Lo observo un segundo de más. Error consciente. Tiene la expresión relajada de quien no está huyendo de nada. Me aparto con cuidado, como si el movimiento pudiera despertar algo más que su cuerpo.

En la cocina preparo café en silencio. Cuando vuelve, despeinado y medio dormido, sonríe al verme.

—Buenos días.

—Buenos días.

Se acerca. Me da un beso breve en la sien. Gesto sencillo. Sin carga. Sin exigencias. Me apoyo un segundo en la encimera. Respiro.

—No ha sido tan terrible —comenta.

—No te acostumbres.

—No lo haré —promete—. Pero me quedo con la parte buena.

—¿Cuál?

—Que no has salido corriendo.

Me encojo de hombros.

—Aún es temprano.

Nos reímos. Café. Normalidad. Rutina improvisada. Todo demasiado fácil.

Al salir hacia el trabajo, me doy cuenta de algo incómodo:

no he sentido la necesidad de recuperar el control.

Ni de justificar nada.

Ni de hacer planes de escape.

Dormir acompañada no ha sido el problema.

El problema es lo bien que encaja.

Capítulo 17

Rutinas que no he aprobado pero ya practico

La primera señal de que esto se me está yendo de las manos es que empiezo a mandarle fotos absurdas sin motivo aparente. Un café mal hecho. Un cartel mal escrito. Un perro con cara de lunes.

No pido permiso. No espero respuesta inmediata. Simplemente lo hago.

La respuesta llega igual.

Ese perro tiene tu energía a las ocho de la mañana.

No insultes al perro.

Lo siento. Al perro le iría mejor.

Sonrío sola en el ascensor. Mala costumbre. Empiezo a corregirme mentalmente y abandono el intento a mitad.

En la oficina, coincidimos poco. A propósito. Funcionamos mejor así. Él respeta mi espacio. Yo finjo que no cuento los minutos para la pausa del café.

Cuando por fin coincidimos en la máquina, me extiende un vaso sin mirarme.

—Te lo he puesto sin azúcar.

—Eso es invasión de territorio.

—Observación previa —se defiende—. Pura ciencia.

Le doy un sorbo. Asiento, derrotada.

—No lo reconozcas —añade—. Me haría ilusión.

—Jamás.

Se apoya a mi lado. No roza. No invade. Se limita a estar. Esa habilidad suya empieza a parecerme sospechosa.

—Esta noche no puedo quedar —le recuerdo—. Tengo cena con amigas.

—Perfecto.

—No es una prueba.

—Lo sé.

—No te pongas ejemplar.

—No me pongo —replica—. Estoy aprendiendo.

Esa frase se me queda enganchada. Aprendiendo. Nadie aprende conmigo. Normalmente sobreviven o salen ilesos. A veces ambas cosas.

Por la noche, la cena se alarga. Risas, vino, comentarios innecesarios. El móvil vibra en el bolso. No lo miro hasta que voy al baño.

¿Todo bien?

Sí.

Disfruta.

Nada más.

Ni reproche.

Ni ironía.

Ni drama.

Vuelvo a la mesa con una sonrisa pequeña que mis amigas detectan al segundo.

—No me mires así —les advierto—. No estoy enamorada.

—No hemos dicho nada —se defiende una.

—Lo estáis pensando.

—Claro —admite—. Porque sonríes sin pedir perdón.

Me guardo la respuesta. No tengo argumento.

Al día siguiente, Lucas aparece con una bolsa de bollería que no ha pedido nadie.

—He pasado por delante —explica—. Y he pensado en ti.

—Eso tampoco lo he aprobado.

—Lo sé.

Repartimos los bollos entre el equipo. Marta sonríe. Alguien hace un comentario sobre "qué bien os entendéis". Lucas me mira de reojo. Yo elevo una ceja. Seguimos trabajando.

A mediodía, mensaje.

Esta noche sí puedo.

Yo también.

¿Te quedas?

Quizá.

Ese quizá se está convirtiendo en una promesa encubierta. Lo sé. Lo permito.

Cenamos algo rápido. Sin plan. Sin agenda. Hablamos de nada y de todo. En algún punto, me doy cuenta de que llevo rato con la cabeza apoyada en su hombro. No recuerdo haber decidido hacerlo.

—Estás cansada —observa.

—Cómoda —corrijo.

—Me quedo con eso.

No duermo en su casa esa noche. Tampoco hace falta. Nos despedimos en la puerta con un beso breve, cotidiano, peligrosamente fácil.

Camino a casa con una sensación que reconozco demasiado tarde:

esto ya no es una suma de momentos.

Es una rutina en construcción.

Y las rutinas, cuando se rompen, hacen ruido.

Capítulo 18

El momento exacto en que el cuerpo deja de pedir permiso

No estaba planeado. Esa es la versión oficial que me repito mientras cierro la puerta y dejo las llaves en el cuenco. La versión real es que llevo días sabiendo que esto iba a pasar y haciéndome la distraída con bastante talento.

—¿Estás segura? —pregunta Lucas desde el salón, apoyado en el respaldo del sofá, sin moverse.

Me quito los zapatos con una lentitud innecesaria. Gano tiempo. Respiro.

—No estoy nerviosa —aclaro—. Estoy concentrada.

—Eso suena peor.

—Lo es.

Sonríe. No se acerca. No hace nada que incline la balanza. Mal movimiento por su parte. Cuando no empuja, me toca a mí decidir.

—Ven —digo, como si la palabra fuera una invitación neutral.

No lo es. Y los dos lo sabemos.

Se acerca despacio, como si el ritmo importara. Importa. Me detengo a medio paso. Lo observo. Me observo. Este es el punto en el que suelo hacer una broma para desactivar la intensidad. La tengo preparada. No la uso.

El beso llega sin prisa. Sin urgencia. No intenta demostrar nada. Encaja. Eso es lo que me desconcierta: no hay ajuste, no hay

torpeza, no hay ensayo previo. El cuerpo parece haber ensayado en secreto.

Me separo un segundo.

—Esto no va a ser perfecto —advierto.

—Menos mal.

—Habrá momentos raros.

—Espero que sí.

—Puedo ponerme muy analítica.

—Yo puedo reírme en el momento equivocado.

—Entonces estamos equilibrados.

Sonríe. Me besa otra vez. Esta vez no me aparto. La risa se cuela entre besos, pequeña, inevitable. Me doy cuenta de que no estoy tensa. De que no estoy controlando cada gesto. De que no estoy pensando en la salida más cercana.

—¿Te das cuenta de que no estás huyendo? —murmura.

—No lo señales —pido—. Podría romperse.

—De acuerdo.

El resto ocurre sin épica y sin manual. Con pausas. Con risas cuando algo no sale a la primera. Con silencios que no incomodan. Con esa sensación extraña de estar en el sitio correcto sin necesidad de confirmarlo.

En algún punto, mi cerebro intenta intervenir. Le pongo una mano encima y lo mando a sentarse.

Después, nos quedamos quietos. No hay discursos. No hay frases que pretendan cerrar nada. El mundo sigue igual de normal ahí fuera. Eso me tranquiliza.

—Esto ha sido… —empiezo.

—No lo califiques —interrumpe—. Déjalo estar.

Asiento. Me acomodo un poco más cerca. Apoyo la cabeza donde encaja. Sin pensar. Sin evaluar.

—No me prometas nada —murmuro.

—No lo hago.

—No me digas que esto va a ningún sitio.

—No lo digo.

—Quédate.

—Eso sí.

Nos quedamos así un rato. Sin urgencia. Sin planes. Con una calma que no me resulta familiar, pero no me asusta.

Cuando me levanto para ir al baño, me miro en el espejo y sonrío. No grande. No eufórica. Una sonrisa pequeña, asentada, peligrosa.

Vuelvo al salón con una certeza incómoda:

esto ya no es solo cariño.

Tampoco es vértigo.

Es algo que empieza a importarme lo suficiente como para poder romperme.

Y aun así, no me arrepiento.

Capítulo 19

Cuando alguien decide por ti creyendo que te protege

Me entero por un tercero. Eso ya debería darme una pista.

—Clara, enhorabuena —dice Marta al cruzarse conmigo en el pasillo—. Es un movimiento brillante.

Me detengo.

—¿Perdón?

Sonríe, encantada consigo misma y con el mundo.

—Lo de la reestructuración. Lucas ha sido muy claro. Dice que es lo mejor para ti.

Ahí está.

La frase maldita.

Lo mejor para ti.

—¿Qué reestructuración?

Marta frunce el ceño, confundida.

—Pensé que lo sabías.

No. No lo sabía.

La reunión empieza cinco minutos después. Sala grande. Gente importante. Presentación preparada. Lucas está al fondo, tranquilo, con esa expresión de quien cree haber hecho lo correcto. Me mira al entrar. Sostiene la mirada. No parece nervioso. Eso me descoloca.

La diapositiva aparece en pantalla.

Nueva Dirección Creativa Global.

Mi nombre.

Un traslado temporal.

Más visibilidad.

Más proyección.

Más todo.

Menos elección.

El discurso fluye. Estrategia. Oportunidad. Crecimiento. Futuro. Palabras grandes para decisiones tomadas sin preguntar.

Cuando termina, hay aplausos. Yo también aplaudo. Automática. Profesional. Sonrío incluso. Nadie nota nada. Nadie debería.

—¿Estás bien? —pregunta Lucas al salir, en voz baja.

—Perfectamente.

—Luego hablamos.

—Luego —repito.

Luego nunca llega a tiempo.

Entramos en una sala pequeña. Cierro la puerta. No despacio. No de golpe. Justo en el punto medio donde el enfado aún es educado.

—¿Cuánto tiempo llevas sabiéndolo? —pregunto.

—Unos días.

—¿Unos días?

—Quería tenerlo cerrado antes de contártelo.

—¿Cerrado para quién?

No responde enseguida. Error.

—Es una oportunidad enorme —empieza—. Te coloca donde mereces estar.

—No decides eso.

—No he decidido por ti. He empujado una opción.

—Sin mí.

—Por ti.

La frase cae mal. Muy mal.

—No vuelvas a usarme como argumento —le advierto—. No soy un proyecto.

—No te estoy quitando nada.

—Me estás quitando la elección.

Se acerca un paso. Yo no retrocedo. Tampoco cedo.

—Sabía que reaccionarías así.

—Entonces lo sabías.

Silencio. El tipo que confirma.

—No quería ponerte en una posición incómoda —continúa—. Si lo hablábamos antes, lo habrías rechazado por miedo.

—¿Y tú quién eres para decidir eso?

—Alguien que te ve desde fuera.

—Desde fuera no se vive —le corto—. Se opina.

Respira hondo. Mantiene la calma. Otro error.

—No he hecho nada malo.

—No —concedo—. Has hecho algo correcto.

—Entonces—

—Para ti.

La herida se abre sola. Antigua. Conocida.

—Siempre pasa igual —digo—. Alguien decide, alguien firma, alguien explica. Y yo me adapto.

—Esta vez es distinto.

—Esta vez eres tú.

Eso sí lo toca.

—No te estoy controlando.

—Me estás anulando sin querer —respondo—. Y eso es peor.

El silencio se tensa. Ya no hay negociación posible. Solo daño intentando no hacerse más grande.

—No quería perderte —admite al fin.

La frase llega tarde. Demasiado tarde.

—Entonces no me habrías movido sin preguntarme.

Abro la puerta.

—Necesito aire.

—Clara—

—No me sigas.

Camino hasta mi despacho con la espalda recta y el pulso desordenado. Cierro la puerta. Me siento. Respiro. Esta vez no hay sarcasmo que amortigüe el golpe.

No es la oferta.

No es el trabajo.

Es la decisión.

Lucas ha hecho exactamente lo que prometí no volver a permitir: elegir por mí creyendo que me cuida.

Y esa es la clase de amor que no sé aceptar.

Capítulo 20

El ruido que hace lo que no se dice

La distancia no llega de golpe. Se instala. Como una corriente fría que nadie menciona pero todos sienten. Yo la noto en los detalles pequeños, que siempre son los más traicioneros.

Lucas no me escribe por la mañana.

Yo tampoco a él.

En la oficina coincidimos lo justo. Profesionalidad impecable. Educación medida. Nadie levanta sospechas. Nadie podría señalar el momento exacto en que dejamos de estar sincronizados.

—Buenos días —saluda al pasar.

—Buenos días.

Nada más.

Nada menos.

Me sorprende lo mucho que duele algo tan correcto.

Durante la reunión, habla con claridad. Propone. Decide. No me busca con la mirada cuando algo encaja. Tampoco cuando discrepo. Funciona. Demasiado bien. Como si nunca hubiéramos cruzado ninguna línea.

Anoto cosas que no necesito. Me concentro en lo tangible. Trabajo. El refugio de siempre.

Al mediodía, como sola. No porque quiera. Porque no sé qué haría si compartiéramos mesa. Me escriben amigas. No contesto. No tengo versión oficial todavía.

Por la tarde, un correo suyo. Asunto neutro. Texto breve. Eficiente. Nada personal.

Le respondo igual.

Ese es el nuevo lenguaje: frases sin matices, sin ironía, sin espacio para malentendidos. Seguro. Aséptico. Devastador.

Al salir, me detengo frente al ascensor. Lucas está allí. Solo. No sonríe. No evita. Espera.

—¿Subes? —pregunta.

Asiento. Las puertas se cierran. El silencio pesa más que cualquier discusión.

—No quise herirte —comenta, sin mirarme.

—Lo sé.

—Entonces…

—No cambia nada.

Se gira un poco. No invade. No huye.

—¿Estamos bien?

La pregunta es honesta. Por eso no sé qué contestar.

—Estamos funcionando —respondo.

—Eso no es lo que he preguntado.

—Es lo único que puedo ofrecer ahora.

Asiente despacio. Lo acepta. Eso me rompe un poco más de lo que debería.

El ascensor se detiene. Las puertas se abren. Salimos en direcciones opuestas sin despedirnos. No hace falta.

Esa noche, en casa, me sorprendo revisando el calendario. La oferta sigue ahí. El traslado. El futuro que alguien diseñó sin pedirme permiso. No lo he rechazado. Tampoco lo he aceptado. Lo mantengo suspendido, como todo lo demás.

Me meto en la cama temprano. El silencio no me reconforta. Me obliga a pensar. En lo fácil que ha sido levantar muros. En lo difícil que es no usarlos cuando más duele.

Lucas no escribe.

Yo tampoco.

La distancia hace eso: convierte el cariño en una pregunta sin respuesta.

Y yo siempre he sido buena evitando respuestas cuando implican quedarme.

Capítulo 21

Decir adiós sin romper nada (por fuera)

Quedamos porque hay cosas que no se pueden seguir evitando sin empezar a mentirse de verdad. No es una cita. No es una conversación pendiente. Es un punto final provisional con modales.

El bar es tranquilo. Luz neutra. Mesas pequeñas. Nada que invite a quedarse demasiado tiempo. Lucas llega puntual. Yo también. Nos saludamos con un beso en la mejilla que no es torpe ni íntimo. Es correcto. Esa palabra vuelve a doler.

—Gracias por venir —comenta al sentarse.

—Era necesario.

Pide una cerveza. Yo, agua. No por castigo. Por claridad.

Durante unos segundos no hablamos. No es incómodo. Es contenido. Como si los dos estuviéramos esperando a que el otro empiece para no parecer el responsable.

—No quiero discutir —dice al fin.

—Yo tampoco.

—Ni convencerte.

—Mejor.

Asiente. Apoya los codos en la mesa. No invade mi espacio. Nunca lo ha hecho. Ese recuerdo llega tarde.

—He pensado mucho en lo del traslado —continúa—. En cómo lo hice. En por qué.

—Yo también.

—No fue por control —aclara—. Fue miedo.

Lo miro. No me sorprende. Me duele igual.

—Miedo a qué.

—A que dijeras que no —admite—. A que eligieras quedarte aquí y yo no supiera cómo acompañarte.

Respiro hondo. No para responder mejor. Para no suavizarlo.

—El problema no es que tuvieras miedo —le digo—. El problema es que actuaste desde él.

—Lo sé.

—Y eso, para mí, es una línea.

—Lo entiendo.

Silencio. El camarero deja las bebidas. Se va. Nosotros seguimos donde estábamos.

—No creo que seas una mala persona —añado—. Ni siquiera creo que lo hicieras mal.

—Pero no fue contigo.

—No fue conmigo.

Asiente despacio. Acepta el golpe sin dramatizarlo. Me alegro de no tener que consolarle. Me rompería del todo.

—Yo me enamoré de ti —dice, sin adornos—. Y no supe hacerlo mejor.

La frase no busca respuesta. Se queda ahí. La recibo. No la rechazo. Tampoco la agarro.

—Yo me estaba quedando —confieso—. Y eso me asustó más que cualquier oferta laboral.

Se sonríe un poco. Triste. Cálido.

—Entonces quizá esto es lo más honesto.

—Quizá.

Terminamos las bebidas sin prisas. Sin reproches. Sin listas de cosas pendientes. No hace falta.

—No quiero perderte del todo —comenta—. Pero no sé cómo quedarme sin invadir.

—Ahora mismo no hay forma —respondo—. Y prefiero eso a fingir que sí.

Asiente. Se levanta. Yo también. Pagamos. Salimos juntos. En la puerta, nos detenemos.

—Cuídate —dice.

—Tú también.

Nos miramos un segundo más de lo necesario. No hay beso. No hay promesa futura. Hay respeto. Y una tristeza limpia que no pide rescate.

Me alejo sin mirar atrás. No por orgullo. Por supervivencia.

La ruptura no ha hecho ruido.

No ha roto nada visible.

Pero ha dejado claro algo importante:

querer no siempre es suficiente.

Y cuidarse, a veces, implica soltar justo cuando empieza a importar.

Capítulo 22

Aprender a estar sola sin sentirse abandonada

La casa está en silencio. No un silencio incómodo, sino ese que aparece cuando no hay nada que demostrarle a nadie. Me quito los zapatos, dejo el bolso donde cae y no enciendo la tele. Hoy no necesito ruido prestado.

Me preparo una cena sencilla. Demasiado sencilla para alguien que ha tenido un día emocionalmente intenso, pero suficiente. Como de pie, apoyada en la encimera, mirando por la ventana sin mirar nada en concreto. La ciudad sigue. Siempre sigue. Eso me tranquiliza.

No lloro. Tampoco me siento fuerte. Estoy en un punto intermedio que no sabía que existía: lúcida.

La ruptura no ha sido un fracaso. Ha sido una decisión. Y eso cambia la forma en que pesa.

Me siento en el sofá con una manta que no abriga demasiado. Perfecto. No quiero anestesia. Quiero sentir lo justo. Repaso la conversación sin editarla, sin buscar frases mejores que podría haber dicho. Dije lo que tenía que decir. No añadí adornos. No pedí disculpas por necesitar espacio. Ese detalle me sorprende.

Pienso en Lucas sin enfado. Sin idealizarlo. Pienso en cómo me miraba cuando no intentaba convencerme de nada. En cómo se quedaba cuando yo estaba a punto de irme. En lo fácil que habría sido aceptar algo que parecía cuidado… pero no lo era del todo para mí.

Mi herida no es el abandono.

Es la sustitución.

Que alguien decida antes de preguntarme.

Eso viene de lejos. De jefes bienintencionados. De parejas seguras de saber más. De personas que me quieren a su manera y me colocan donde creen que encajo mejor. Yo siempre he sido capaz de adaptarme. Demasiado.

Hoy no.

Me levanto y abro el portátil. No por trabajo. Por claridad. Leo la oferta otra vez. El traslado. Las condiciones. Las ventajas. Las letras pequeñas. Esta vez no pienso en lo que esperan de mí. Pienso en lo que quiero.

Y lo sorprendente es que la respuesta no es huir.

Tampoco quedarme por inercia.

Quiero elegir.

Aunque no sepa aún qué.

Cierro el ordenador. Me estiro en el sofá. Dejo que el cansancio me alcance sin resistirme. El móvil vibra una vez. No lo miro. Si es Lucas, no estoy preparada. Si no lo es, tampoco importa.

No echo de menos su presencia. Echo de menos la versión de mí que apareció con él: más abierta, menos defensiva, menos pendiente de controlar el final.

Eso no se pierde porque alguien se vaya.

Eso se queda.

Antes de irme a la cama, me miro en el espejo del pasillo. No busco respuestas. Solo confirmo algo: sigo aquí. Entera. Sin prisas. Sin promesas rotas.

La soledad no es el castigo que me contaron.

A veces es el lugar exacto donde vuelves a escucharte.

Y esta vez, me estoy escuchando de verdad.

Capítulo 23

La primera vez que no pido permiso

No tomo la decisión de golpe. No hay epifanía ni música de fondo. Llega una mañana cualquiera, con café templado y una bandeja de entrada demasiado llena. Y, aun así, sé que es hoy.

Abro el correo con la oferta. Otra vez. La leo sin prisa, como si fuera la primera. No lo es. Esta vez no busco trampas ni expectativas ajenas. Busco cómo me hace sentir.

No siento vértigo.

No siento miedo.

Siento responsabilidad.

Conmigo.

Cojo una libreta y escribo dos columnas. No pros y contras. Eso siempre me ha parecido una trampa. Escribo qué gano y qué cedo. La diferencia es sutil, pero cambia todo.

Gano espacio.

Gano voz.

Gano poder real, no prestado.

Cedo comodidad.

Cedo cercanía.

Cedo la excusa de quedarme donde otros me reconocen.

No cedo mi criterio.

No cedo mi identidad.

No cedo la decisión.

Marco el número de Marta antes de que me arrepienta.

—¿Tienes un minuto?

—Claro —responde—. Justo iba a llamarte.

—Acepto —digo—. Pero con condiciones.

Silencio breve. El bueno.

—Te escucho.

—No quiero que nadie vuelva a decidir por mí —continúo—. Ni ahora ni después. Quiero autonomía real. Equipo propio. Capacidad de decir que no.

No hay tensión. No hay resistencia. Hay algo que se parece al respeto.

—Eso habla bien de ti —contesta—. Y de lo que podemos construir.

Cuelgo con una calma extraña. No euforia. No miedo. Certeza.

Después escribo el correo formal. El que deja constancia. El que no se puede desdecir. Lo releo dos veces. No lo suavizo. No lo adorno. Lo envío.

Cuando el mensaje desaparece de la bandeja de salida, no pasa nada extraordinario. El mundo sigue girando. Yo también.

Salgo a comer sola. Elijo un sitio tranquilo. Pido algo que me gusta de verdad, no lo que toca. Me sorprendo disfrutándolo sin culpa. Ese detalle pequeño me confirma que voy por el buen camino.

De vuelta a la oficina, paso por delante del despacho de Lucas. La puerta está cerrada. No me detengo. No por frialdad. Por coherencia. Esta decisión no va de él. Va de mí.

Por la tarde, preparo una lista de ideas. Nuevos proyectos. Cambios. Cosas que me ilusionan sin depender de nadie más. Me siento fuerte, pero no dura. Flexible. Presente.

Cuando apago el ordenador, miro mi reflejo en la pantalla negra. No sonrío. Tampoco me veo triste. Me veo clara.

Elegirme no ha sido renunciar al amor.

Ha sido dejar de negociar mi sitio.

Y, por primera vez, no siento que esté perdiendo nada importante.

Siento que estoy llegando.

Capítulo 24

La versión de mí que no se disculpa

Han pasado seis meses y no los he contado. Eso es lo primero que noto cuando alguien me pregunta cuánto llevo aquí. No miro el calendario. Miro alrededor.

El nuevo despacho tiene luz natural y silencio útil. No el incómodo, el que sirve. Mi equipo entra y sale con ideas propias, no con miedo a equivocarse. Yo escucho más de lo que hablo. Decido cuando toca. Delego sin culpa. Duermo mejor.

Trabajo mucho. Pero trabajo bien.

La ciudad nueva no me debe nada. Yo tampoco. He aprendido a moverme sin pedir permiso, a decir no sin justificarlo, a quedarme cuando quiero y a irme cuando ya no encajo. Nadie decide por mí. Y cuando lo intentan, lo detecto rápido.

En la pared hay una pizarra con proyectos en curso. En el móvil, mensajes que no me dan ansiedad. En la agenda, espacios en blanco que no intento rellenar por inercia.

He hecho amigos. He salido. He tenido citas correctas, amables, prescindibles. Me he reído en cenas largas y he vuelto sola a casa sin sentir que me falta algo. Eso también es nuevo.

A veces pienso en Lucas. No con punzada. Con perspectiva. Como se piensa en alguien que fue importante sin haber sido definitivo. Me alegra no haberlo borrado para poder seguir. Me alegra no haberme quedado para evitar el duelo.

Hoy tengo una presentación importante. Entro en la sala con una seguridad tranquila. No brillo por nervios. Brillo por claridad. Cuando termino, hay preguntas. Respondo. Hay dudas. Las despejo. Al final, alguien dice:

—Se nota que lideras sin miedo.

Asiento. No lo celebro. No lo niego. Me pertenece.

Salgo del edificio y el aire es limpio. Camino sin prisa. Paso por una cafetería y pido lo de siempre. Me siento en la mesa de la ventana. Saco la libreta y anoto una idea que no estaba en ningún plan. Sonrío. Me gusta sorprenderme.

Mientras escribo, me doy cuenta de algo sencillo y enorme a la vez: ya no estoy demostrando nada. Ni a nadie. Ni siquiera a mí.

Elegirme no me ha aislado.

Me ha colocado.

Y desde aquí, todo lo que venga será una elección, no un rescate.

Capítulo 25

El amor que no interrumpe

No me lo dice.

Y eso es lo primero que entiendo.

Me entero sin aviso, como se descubren las cosas que ya no vienen a reclamar nada. Una reunión técnica. Un café frío. Un comentario lanzado sin intención de significar más de lo que es.

—Este proyecto lo impulsó Lucas Ferrer —explica alguien al otro lado de la mesa—. Fue bastante insistente en que saliera adelante.

Levanto la vista por reflejo. No porque me haya sobresaltado. Porque ese nombre sigue teniendo peso propio. No hago ninguna pregunta. No cambia mi expresión. Asiento y tomo nota, como si fuera un dato más. Como si no supiera exactamente qué implica esa frase.

La reunión continúa. Hablamos de plazos, de presupuestos, de impacto. Todo normal. Todo profesional. Solo cuando termina y la sala se vacía me permito releer la diapositiva con más calma. El proyecto es sólido. Ambicioso sin ser invasivo. Bien pensado. Demasiado bien pensado para ser casual.

En mi despacho, reviso el dossier completo. Página a página. No con ansiedad. Con atención. Está diseñado para crecer sin supervisión innecesaria, para no depender de validaciones constantes, para permitir decisiones propias. Mi forma de trabajar, reflejada sin haberla pedido.

Al final del documento hay una nota breve. No va destacada. No pretende ser personal.

Este proyecto no requiere supervisión externa. Clara Ríos tiene plena autonomía operativa y creativa.

Autonomía.

No colaboración.

No acompañamiento.

No tutela.

Cierro los ojos un segundo. No por emoción. Por reconocimiento.

Lucas no ha intentado aparecer en esta nueva etapa de mi vida. No ha usado el trabajo como excusa para acercarse. No ha convertido su apoyo en una puerta trasera. Ha entendido algo que muy poca gente entiende: que ayudar no es colocarse cerca, sino apartarse a tiempo.

No me escribe ese día.

Ni al siguiente.

Ni a la semana.

No hay mensajes ambiguos.

No hay "solo quería saber cómo estás".

No hay nostalgia disfrazada de cortesía.

Eso también es una forma de cuidado.

Unos días después, recibo un correo suyo. Asunto neutro. Demasiado neutro para esconder algo.

Me alegra saber que estás donde querías estar.

No hace falta que respondas.

No lo releo. No lo analizo. No busco subtexto. No lo hay. Y esa es la clave.

No respondo.

No porque no me importe.

Sino porque esta vez no hace falta cerrar nada más.

Ese gesto —tan pequeño, tan contenido— me confirma algo que no supe ver cuando estaba dentro: Lucas me quiso de una forma que no siempre supe aceptar. No porque fuera insuficiente, sino porque no era invasiva. Porque no se parecía al amor que empuja, que insiste, que ocupa.

Me quiso cuando me dejó espacio.

Cuando entendió que acompañar no siempre significa quedarse.

Cuando eligió no poner su deseo por delante de mi camino.

Eso no lo convierte en el hombre con el que me quedo.

Lo convierte en el hombre que no me pierde a mí misma.

Desde aquí, con mi vida ordenada y mis decisiones intactas, puedo quererlo también sin traicionarme. Puedo recordarlo sin nostalgia amarga. Puedo pensar en él sin la necesidad de corregir el final.

A veces el amor no es una historia que continúa.

Es una persona que no estorba cuando decides crecer.

Y aunque duele un poco reconocerlo, hay amores que no están hechos para quedarse… sino para enseñarte a no volver a desaparecer de tu propia vida.

Capítulo 26

Un año después, San Valentín sigue sin gustarme

Pasa un año y no ocurre lo que la gente cree que ocurre cuando pasa un año. No se borra nada. No se archiva. No se supera con un clic mental. Lo que cambia es el volumen. Baja. Ya no aturde. Pero sigue ahí.

San Valentín vuelve a asomarse al calendario como quien no entiende las indirectas. Yo sí las entiendo. Y las ignoro con la misma disciplina con la que ignoro anuncios de dietas milagro.

—Lo odias —dice Paula, removiendo su café—. Sigues odiándolo.

—No lo odio —respondo—. Lo desprecio con elegancia.

—Eso es odio con estudios superiores.

Sonrío. Me gusta que me conozca lo suficiente como para no comprarme discursos de madurez emocional.

Estamos sentadas en la misma cafetería de siempre. La que no se ha vuelto romántica a propósito y por eso me gusta. Paula me observa con esa mezcla de curiosidad y paciencia que solo tienen las amigas que ya han visto este episodio antes.

—Hace un año —añade— estabas viviendo en otra ciudad.

—Y en otra versión de mí.

—¿Mejor?

—Más clara.

—No es lo mismo.

—Para mí sí.

Bebo un sorbo. El café está demasiado caliente. Bien. Necesito algo que me mantenga alerta.

—¿Sigues pensando en él? —pregunta, directa, sin rodeos.

No me ofendo. Tampoco me escondo.

—No todos los días —contesto—. Pero cuando lo hago, no es con rabia.

—Eso es peligroso.

—Eso es realista.

Paula asiente despacio. Me estudia. Yo la dejo.

—No lo olvidaste —concluye.

—Nunca fue la idea.

—Entonces, ¿qué fue?

Miro por la ventana. La calle empieza a llenarse de corazones de cartón y escaparates con mensajes sobre el amor eterno. El marketing insiste. Yo no.

—Aprender a no necesitar que fuera distinto —digo—. Aprender a no reescribir la historia para que encaje mejor.

—¿Y él?

—No lo sé.

—¿Te gustaría saberlo?

La pregunta cae suave, pero exacta.

—No ahora.

—Eso tampoco es lo que te he preguntado.

Exhalo despacio. Me doy el tiempo que antes no me daba.

—A veces —admito—. A veces me gustaría saber si también piensa que aquello importó.

Paula sonríe. No con pena. Con cariño.

—Claro que importó.

—No lo sabes.

—No necesito saberlo —replica—. Lo sé porque tú no estás rota.

Me quedo callada. Esa observación me desarma más que cualquier recuerdo.

—San Valentín no es el problema —continúa—. Lo que odias es la idea de que el amor tenga fecha.

—O manual —añado—. O condiciones ocultas.

—O gente decidiendo por ti.

Ahí está. La herida nombrada sin drama. Asiento.

—Este año no voy a huir —digo—. Tampoco voy a celebrarlo. Voy a ignorarlo con dignidad.

—Eso suena muy a ti.

—Gracias. He trabajado mucho para conseguirlo.

Pagamos y salimos a la calle. El aire es frío, pero limpio. Camino con una sensación conocida: no tristeza, no nostalgia. Algo más sereno. Como una habitación bien ordenada donde aún queda una foto que no molesta.

No nos olvidamos.

Aprendimos a convivir con lo que fue.

Y San Valentín puede volver cuando quiera.

Yo ya no le debo nada.

Capítulo 27

Las cosas que no buscas y aun así aparecen

No pienso en Lucas cuando me despierto. Ese es mi primer logro del día. Me preparo café, reviso correos, marco prioridades. Todo

normal. Todo bajo control.

Hasta que no lo está.

La señal no llega en forma de mensaje ni de recuerdo romántico. Llega disfrazada de noticia profesional, que siempre ha sido nuestra debilidad compartida.

—¿Has visto quién entra en el consejo de la fundación? —me pregunta alguien en una reunión, como quien comenta el tiempo.

Niego con la cabeza. No me interesa. O eso creo.

Deslizan una carpeta hacia mí. Nombres. Cargos. Trayectorias. Paso páginas sin prestar atención real hasta que lo veo.

Lucas Ferrer.

No hay fotografía. No hay biografía larga. Solo un cargo. Un movimiento estratégico. De esos que no se hacen por azar.

No digo nada. No pregunto. Sigo leyendo como si el nombre no hubiera alterado nada. Por dentro, el pulso se ajusta. No se acelera. Se recoloca.

Más tarde, en mi despacho, busco información sin admitir que la busco. Puro contexto, me digo. Profesionalidad. Lucas ha cambiado de área. Menos exposición. Más decisión estructural. Más fondo que forma. No me sorprende. Me inquieta un poco.

No me escribe.

Yo tampoco a él.

Eso es importante.

Al salir a comer, paso por una librería. Entro sin pensarlo. Me atraen los espacios silenciosos donde nadie espera nada de mí. Recorro las mesas hasta que me topo con una portada roja. San Valentín otra vez, insistente.

Cojo el libro sin interés real. Lo abro al azar.

Hay amores que no vuelven porque nunca se fueron del todo.

Cierro el libro. Lo dejo en su sitio. No necesito metáforas hoy.

Esa noche, Paula me escribe.

He visto a Lucas.

Miro el mensaje. No lo abro durante unos segundos. No por miedo. Por respeto a mi propio ritmo.

¿Dónde?

En una charla. Estaba tranquilo. Muy él.

¿Te ha mencionado?

No. Y eso me ha parecido importante.

Lo es.

Dejo el móvil boca abajo. No continúo la conversación. No hace falta. La información ya está completa.

Los días siguientes traen más señales pequeñas. Demasiado pequeñas para ser ignoradas, demasiado limpias para ser interpretadas como provocación. Proyectos que se cruzan. Eventos compartidos en agendas que no se coordinan. Un mismo nombre apareciendo sin insistir.

No hay invasión.

No hay búsqueda.

No hay gesto explícito.

Y eso, precisamente eso, es lo que me desarma un poco.

Una tarde, al salir del trabajo, me detengo frente a un escaparate. No hay corazones. No hay mensajes. Solo una frase escrita a mano, discreta:

Lo importante no siempre hace ruido.

Sonrío sin querer. No por nostalgia. Por reconocimiento.

No sé si volveremos a vernos.

No sé si hace falta.

Pero algo se ha movido.

No fuera.

Dentro.

Y cuando eso ocurre, el calendario empieza a parecer menos amenazante.

San Valentín se acerca.

Esta vez no con ruido.

Con posibilidad.

Capítulo 28

Hay personas que no se buscan y aun así se encuentran

El reencuentro no ocurre como en las películas. No hay música, ni cámara lenta, ni frases preparadas. Ocurre un martes cualquiera, a media tarde, con prisas y una llamada pendiente.

Entro al auditorio con el tiempo justo. El evento va retrasado y el aire tiene ese murmullo de gente que espera sin saber muy bien a qué. Busco un asiento libre, cualquiera, sin mirar demasiado. Error de principiante.

Lo veo antes de sentarme.

Él me ve al mismo tiempo.

No hay sorpresa exagerada. No hay gesto teatral. Solo ese segundo exacto en el que ambos confirmamos lo evidente: esto iba a pasar en algún momento. Y ya está.

Lucas está unos metros más allá, de pie, hablando con alguien. No me mira enseguida. Tampoco se gira de golpe. Espera. Como siempre. Yo hago lo mismo. Nos damos margen incluso ahora.

Cuando por fin se acerca, lo hace despacio. Sin sonrisa grande. Sin tensión visible. Está distinto. Más sereno. Menos pendiente de ocupar espacio.

—Hola, Clara.

—Hola, Lucas.

Decirnos el nombre completo me parece un acierto. Nos devuelve al lugar correcto.

—No sabía que vendrías —comenta.

—Yo tampoco sabía que tú estarías.

Asentimos los dos. Es verdad. No hay subtexto.

Nos sentamos uno al lado del otro porque no hay otra opción razonable. El auditorio se llena. La charla empieza. Hablamos poco. No por incomodidad, sino porque no hace falta rellenar nada.

En algún momento, nuestras miradas se cruzan. No se sostienen más de lo necesario. Tampoco se esquivan. Normalidad cuidada.

—¿Estás bien? —pregunta en un susurro, sin girarse.

—Sí.

—Me alegro.

No añade nada más. Yo tampoco. Eso también es nuevo.

La charla termina. La gente se levanta. El ruido vuelve. Nos ponemos en pie al mismo tiempo, como antes, pero sin esa

electricidad que antes lo complicaba todo. Ahora hay algo distinto: calma.

—¿Te apetece un café? —propone—. Si no tienes prisa.

Miro el móvil. No tengo. Eso también es una decisión.

—Un rato.

Caminamos hasta una cafetería cercana. Nada especial. Eso me gusta. Pedimos lo de siempre sin comentarlo. Nos sentamos frente a frente. No hay nervios. Hay atención.

—He seguido tu trabajo —dice—. De lejos.

—Yo el tuyo —admito—. Sin buscarlo.

Sonríe apenas. Reconocimiento mutuo.

—No quería interferir —añade—. Ni aparecer cuando no tocaba.

—Lo sé.

—Y tampoco quería desaparecer del todo.

—Eso también lo sé.

Nos miramos con una complicidad tranquila que no intenta recuperar nada. No hay reproches pendientes. No hay disculpas atrasadas. Las decisiones ya están tomadas. Las heridas, cerradas.

—San Valentín vuelve pronto —comento, casi sin pensar.

—Lo sé.

—Sigo odiándolo.

—Me parecía importante que eso no cambiara —responde—. Significa que sigues siendo tú.

Me río. De verdad.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Sigues tomando decisiones difíciles sin pedir permiso?

Niega despacio.

—Ahora pregunto más.

Asiento. Eso importa.

Terminamos el café sin prisa. Al salir, nos detenemos en la acera. No hay beso. No hay promesa. Pero tampoco hay final cerrado.

—Me alegra haberte visto —dice.

—A mí también.

Esta vez no nos despedimos con un adiós definitivo. Nos despedimos con un hasta luego implícito que no exige nada.

Nos alejamos en direcciones distintas. No miro atrás. No porque tenga miedo. Porque no hace falta.

El reencuentro no ha reabierto la herida.

Ha confirmado algo mejor: que dos personas pueden volver a verse cuando ya no necesitan demostrarse nada.

Y eso, contra todo pronóstico, se parece mucho a una oportunidad.

Epílogo

San Valentín, sin ironía

Un año después, San Valentín vuelve a existir. No como amenaza. No como ruido de fondo. Vuelve como una fecha concreta, con su luz clara y su exageración habitual, pero sin poder sobre mí. Eso ya lo he ganado.

Despierto temprano. No por nervios. Por costumbre. El sol entra limpio por la ventana y la casa huele a café recién hecho. Lucas está en la cocina, descalzo, con esa camiseta vieja que se niega a jubilar. Me mira cuando aparezco y sonríe sin ceremonia.

—Buenos días.

—Buenos días.

No hay globos. No hay flores estratégicas. Hay tostadas, una agenda tranquila y un sábado por delante. Me gusta que siga siendo así. Que el amor no haya aprendido a disfrazarse de espectáculo.

Desayunamos hablando de cosas pequeñas: una reunión la semana siguiente, una película pendiente, el viaje que aún no hemos decidido. Ninguno menciona la fecha. Es una tregua tácita que agradezco.

—He pensado que podríamos dar un paseo —propone—. Si te apetece.

—Me apetece.

Salimos a la calle abrigados lo justo. La ciudad está llena de corazones, sí, pero ya no me atacan. Camino a su lado sin sentir que tenga que proteger nada. Eso también lo he aprendido.

Entramos en el parque donde volvimos a vernos por primera vez después de todo. No lo dice. No lo señala. No hace falta. Los lugares también saben guardar silencio cuando toca.

Nos sentamos en un banco. Lucas mira al frente un momento más de lo habitual. No parece nervioso. Parece concentrado. Eso me tranquiliza.

—Quiero decirte algo —empieza—. Y quiero hacerlo bien.

No me preparo para huir. No hago bromas. No desvío la conversación. Me quedo.

—He aprendido muchas cosas contigo —continúa—. La más importante es que amar no es adelantarse. Es caminar al lado.

Asiento despacio. No interrumpo.

—No quiero decidir por ti nunca más —añade—. Ni protegerte de ti misma. Ni empujarte a nada. Quiero elegir contigo. Y aceptar cuando no estemos de acuerdo.

Me mira entonces. A fondo. Sin expectativas. Sin urgencia.

—¿Quieres casarte conmigo?

La pregunta no viene acompañada de rodillas en el suelo ni de aplausos imaginarios. Viene acompañada de una calma que reconozco. De un respeto que no pide respuesta inmediata.

No pienso en finales felices. Pienso en domingos normales. En decisiones compartidas. En espacio. En voz.

—Sí —respondo—. Pero no porque sea San Valentín.

Sonríe. Aliviado. Presente.

—Menos mal.

No hay anillo inmediato. No hace falta. El gesto ya está hecho. Nos abrazamos despacio, sin público. El parque sigue con su vida. Nosotros también.

Más tarde, ya en casa, Lucas saca una pequeña caja del cajón. Nada ostentoso. Nada simbólico en exceso.

—Cuando quieras —dice.

Me coloco el anillo sin solemnidad. Me queda perfecto. No por el tamaño. Por el significado.

San Valentín pasa sin fuegos artificiales. Y eso lo convierte, por primera vez, en una fecha amable.

Meses después, la boda es exactamente como la imaginé cuando dejé de imaginarla para otros. Íntima. Sin discursos eternos. Sin promesas que suenan a deuda.

Paula llora. Yo me río. Lucas me aprieta la mano en el momento justo, no para sujetarme, sino para acompañar.

No prometemos no equivocarnos. Prometemos avisar cuando algo duela. Pedir permiso cuando haga falta. Escuchar incluso cuando no tengamos razón.

Eso es todo.

El futuro no llega de golpe. Se construye en detalles: mudanzas sin dramatismo, proyectos que crecen sin tragarnos, silencios cómodos al final del día.

Trabajamos mucho. Vivimos bien. Nos discutimos con respeto. Nos reconciliamos sin teatro. Hay días fáciles y días torpes. Como debe ser.

A veces, cuando llega febrero, alguien hace un comentario sobre San Valentín. Yo sonrío y no explico nada. No hace falta.

Porque el amor no fue la fecha.

Fue el camino.

Y porque, al final, no era él o yo.

Era nosotros…

sin que ninguno tuviera que desaparecer para que el otro se quedara.

Otro año después. San Valentín, con pruebas médicas

Otro año después, San Valentín vuelve a caer en martes. O en jueves. Da igual. El calendario insiste, pero ya no me impone nada. Yo sigo odiando los corazones de escaparate y los menús con nombres cursis. La diferencia es que ahora no me definen.

La mañana empieza con náuseas leves y una paciencia heroica. Llevo días negociando con mi estómago como quien pacta con un niño pequeño: si te portas bien, prometo no mirarte raro. No funciona.

Entro en la farmacia con gafas de sol, gorro y una dignidad frágil. Compro la prueba sin mirar a la farmacéutica, como si el anonimato fuera un derecho constitucional. Vuelvo a casa con la bolsa apretada en la mano y una serenidad sospechosa. No estoy nerviosa. Estoy concentrada. Ya me conozco.

El resultado tarda lo justo para que mi vida se recoloque sola.

Positivo.

No hay fuegos artificiales. No hay lágrimas instantáneas. Hay una pausa limpia, profunda, en la que el mundo decide quedarse quieto un segundo. Me siento en el borde de la bañera y sonrío como quien acaba de entender algo importante sin necesidad de explicarlo.

Estoy embarazada.

Respiro. Me levanto. Me miro en el espejo. Sigo siendo yo. Eso me tranquiliza más que cualquier promesa.

Lucas llega a mediodía con una bolsa de pan y la cabeza en otra parte. Dice algo sobre una reunión y un informe. Yo asiento sin escucharlo del todo. El momento no pide prisa ni escenografía. Pide claridad.

—Lucas —lo llamo desde la cocina.

Se gira. Me mira. Nota algo raro. Siempre lo nota.

—¿Todo bien?

—Sí —respondo—. Siéntate.

—Eso suena a frase peligrosa.

—Solo si te levantas después muy rápido.

Se sienta. Yo apoyo la prueba sobre la mesa, con cuidado, como si fuera un objeto frágil y cotidiano a la vez. Él la mira. Parpadea una vez. Dos.

—¿Es…?

—Sí.

La comprensión le llega de golpe. Literalmente. Se queda en silencio, se pone en pie de un salto y dice:

—Estoy…

No termina la frase.

Cae.

No con elegancia. No con estilo. Cae como cae la gente que no se ha preparado para una felicidad tan grande. El golpe es seco. El

ruido, contundente. Yo grito su nombre y corro hacia él con una mezcla absurda de pánico y risa nerviosa.

—Lucas —repito—. No me hagas esto ahora.

Está en el suelo, consciente pero aturdido, con una ceja abierta que sangra lo justo para justificar una visita a urgencias y un futuro ridículo de anécdota familiar.

—Estoy bien —dice, intentando incorporarse—. Solo… me he emocionado mal.

—Te has desmayado —corrijo—. Con herida incluida.

—Eso confirma que la noticia es fuerte.

Le pongo una toalla en la cabeza y lo miro con una severidad amorosa que solo se reserva para las personas que amas mucho y te han asustado de verdad.

—Vamos al hospital.

—¿Puedo volver a sentarme antes?

—No.

En urgencias, el médico nos mira con esa expresión de "otra historia para la guardia". Lucas insiste en que está perfecto. Yo insisto en que se calle. Nos ponen puntos. Pocos. Los suficientes para que se vea valiente y un poco tonto.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el médico.

—Embarazo —responde Lucas, orgulloso—. Y suelo resbaladizo.

—No estaba mojado —aclaro.

—Emoción traicionera.

De vuelta a casa, caminamos despacio. Lucas me aprieta la mano como si confirmara que sigo ahí. Yo lo dejo hacer. Esta vez no invade. Acompaña.

—Siento lo de la cabeza —dice.

—Siento lo del susto.

—Estoy feliz —añade—. Mucho.

—Yo también.

Nos sentamos en el sofá. Sin ruido. Sin prisa. San Valentín vuelve a pasar por delante de la ventana con sus luces exageradas. Esta vez no me molesta. Esta vez me da risa.

—Prométeme algo —me pide Lucas—.

—Depende.

—Que si el próximo anuncio importante incluye mareo, lo hagamos sentados.

—Trato hecho.

Apoyo la cabeza en su hombro. Él besa la mía con cuidado, esquivando los puntos. Me río. Me siento tranquila. El futuro no se presenta como un reto, sino como una conversación larga.

Otro año después, San Valentín no ha sido una fecha.

Ha sido una caída.

Un susto.

Una certeza.

Y todo eso junto me parece exactamente la vida que quiero.